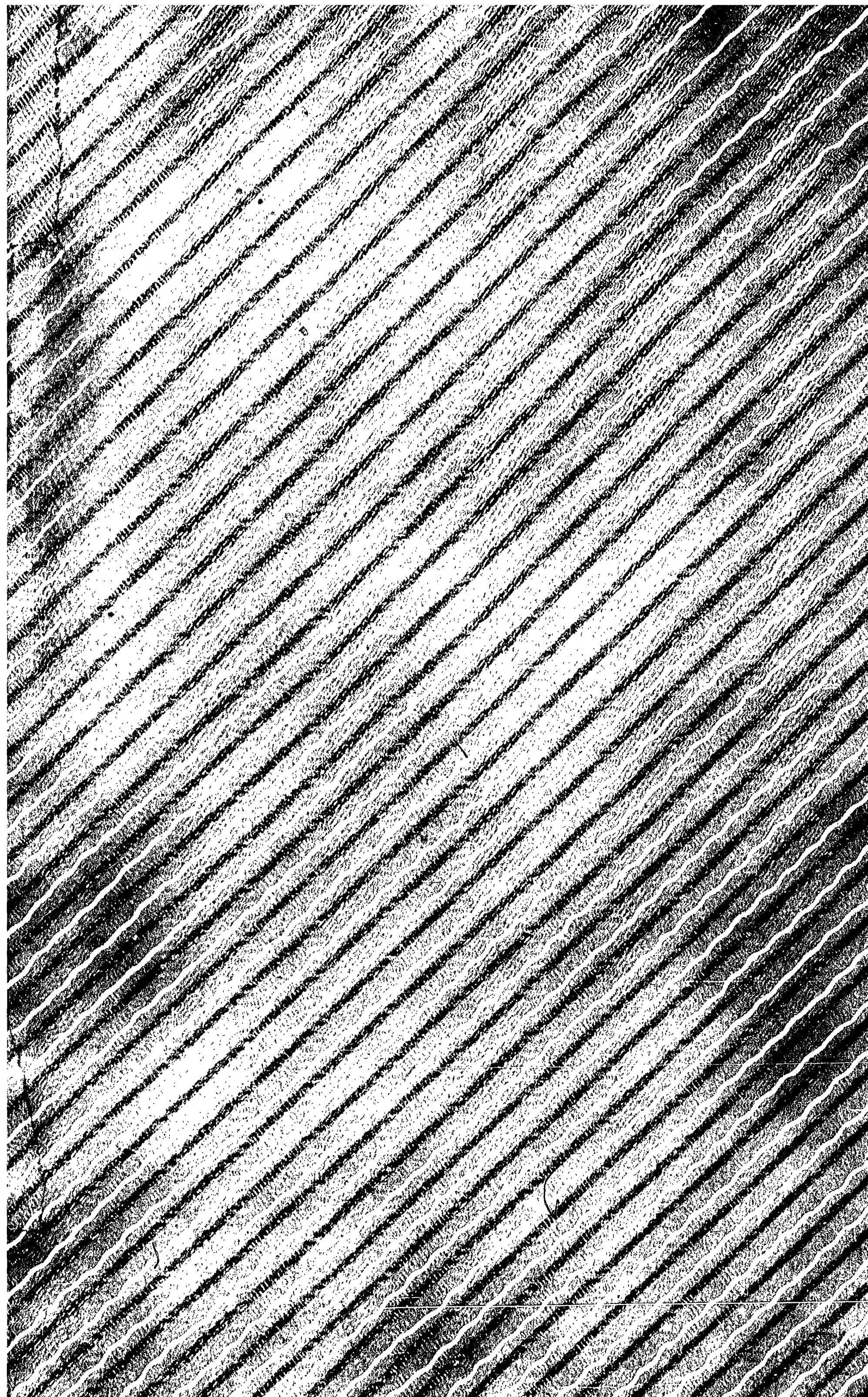


ANTONIO CHAPULI NAVARRO

SILUETAS Y MATICES





(GALERÍA FILIPINA)

CON UN PRÓLOGO

DE

J. GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones de J. Riudavets.
Fotograbados de Laporta.

MADRID, 18[illegible]

SILUETAS

Y MATICES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Ellas y ellos.— Colección de *Bocetos y Semblanzas.* (En colaboración.)—Manila, 1884.—1.ª y 2.ª edición, agotadas.—Un tomo en 8.º

Ocios literarios. —(Artículos y poesías.)— Madrid, 1886.—(Agotada.)—Un tomo en 8.º

Pepín. — Novela de costumbres filipinas.— Madrid, 1893.—Un tomo en 8.º

EN PREPARACIÓN

Filipinas. — Miscelánea político-administrativa.— Un tomo.

ANTONIO CHÁPULI NAVARRO

SILUETAS

Y MATICES

(GALERÍA FILIPINA)

CON UN PRÓLOGO

DE

JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones de J. Riudavéts.
Fotograbados de Laporta.

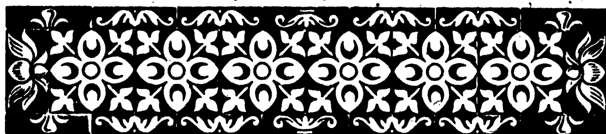
MADRID
IMPRENTA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.
1894

Al Ilmo. Señor

Don José Sánchez Guerra

Testimonio de simpatía, gratitud y respetuosa amistad.

A. Chápuli Navarro.



¿PRÓLOGO?

DUDO que pueda llamarse *prólogo* á lo que pienso escribir; porque los prólogos tienen sus patrones, y no sé sujetarme á ellos; aborrezco todo *patrón,* como buen hijo de este siglo anarquista. Ya el lector decidirá después si el título dubitativo que empleo debe ser modificado.

Entre tanto, hojeemos este libro, que se ocupa de Filipinas.

¡Filipinas!... Me hace el mismo efecto evocada desde Madrid, que el que haría á las pupilas entornadas, en habitación obscura, por el calor del ardiente Agosto, el espectáculo del sol bañando en luz el Retiro, que un balcón, bruscamente abierto, nos obligara á contemplar sin gradaciones.

No tuve por cuna aquella tierra luminosa, pero nací en el mar resplandeciente que besa sus orillas; mi sangre hispana se caldeó, cuando niño, junto á aquella víctima de un volcán invertido, que emplazado en el cielo, vomita desde allí sus rayos-lavas; ausente hace muchos años, aun me dura el deslumbramiento.

El libro de Chápuli ha sido el balcón bruscamente abierto... la mariposa que, tirando del hilo de mis recuerdos, ha formado caprichosos encajes de mil colores y dibujos, de mil siluetas y matices.

¿Quién es Chápuli? Físicamente, el varón de la *mens sana in corpore sano:* alto, robusto, con enérgica fisonomía mora, que recuerda la de su ilustre pariente D. Carlos Navarro y Rodrigo. Intelectualmente, un hombre que, á los treinta años, lleva escritos tres libros, dados á la imprenta en un período de seis años; ha colaborado en otro y en multitud de periódicos; compuesto armoniosos versos; prestado buenos servicios á la Administración y recorrido el mundo...

Prologó su primer libro, *Ocios litera-*

rios, el gran periodista Andrés Mellado; el último, yo... Esto quiere decir que los prologuistas y el autor han progresado en sentido inverso. Aquellos *ocios* en prosa y verso fueron como el *deletreo* artístico de Chápuli, el capullo arrancado prematuramente del tallo para arrojarlo á los pies de la Musa que pasaba...

Escribió después una novela, *Pepín:* allí reveló ya su gran cualidad literaria, la observación sagaz. También se notan en la obra sobriedad, limpieza y corrección, como dibujante que teme el abigarramiento empleando muchos colores.

Ahora publica este libro, *Siluetas y matices.* Ya hice la primera de las siluetas, la del autor...

Matizadla fielmente, los que me leéis; poned, lectoras, todo el negro que queráis en los ojos; y vosotros, lectores, todo el gris que os parezca en el cerebro.

Siluetas y matices, como ya el título indica, es una colección de cuadritos tomados del natural en Filipinas, é independientes unos de otros; sólo les da unidad su oriental escenario.

Y debo empezar con un aplauso sin reservas; estos cuadros, donde abunda e paisanaje grotesco, tienen un bellísimo paisaje; está en último término, donde encaja naturalmente el fondo. *Lo grande y lo pequeño*, postrer trabajo del libro, describe á grandes rasgos Filipinas, dejando gratísima impresión. Aquel jardín, en que si arrojáis una canastilla, podéis al otro día recogerla llena de flores, que brotaron ó cayeron espontáneamente; aquel cielo, donde las estrellas no sólo resplandecen, sino que alumbran; aquella luna, que es sol, y aquel sol, que hace estallar hasta el grano de arena, fecundando sus estériles entrañas, reciben en *Lo grande y lo pequeño* el beso ardiente del poeta.

Apuntada esta primera impresión, á la que mis aficiones dan la cabecera, recorramos ligeramente los restantes veintiún cuadros de la galería: *Provechosas enseñanzas*, bien escrito diálogo en que un peninsular de larga residencia, y *largo*, ilustra con consejos á otro recién llegado, dándole pésima idea de la sociedad europea de allí... *La gallera*, gallarda descripción, á ratos verdaderamente animada, de esta fiesta, suficiente aun para los que no la conocen: el autor ha sido *impresionado*, ha sabido *ver*; desgraciadamente, el vicio con

crueles accesorios, es mal de todos los países... *El bago y el filipón,* sencillo y fácil diálogo entre dos matrimonios: cuatro tipos arrancados del natural... *Los gobernadorcillos rumbosos,* reunión indígena con canto, música y baile, en que hay toques caricaturescos, pero siluetas y matices muy ajustados; trabajo interesante y originalísimo. Cuando Chápuli vuelva á Filipinas, este cuadro se ha de agrandar; porque penetrará aún más en esa X de hace trescientos años, que se llama *el indio,* y que, á mi juicio, guarda en el fondo bellezas no sorprendidas por nadie en medio de sus muchos defectos sociales; su timidez, casi invencible, le hace reservado; sus ideas, su idioma, su idiosincrasia, le hunden en un abismo, obscuro como su rostro, donde si se han asomado muchos, ha sido más para fantasear que para ver, más para describir exterioridades que para fotografiar almas; amores silenciosos ó que ponen intensidades eléctricas en frases casi indiferentes; ojos apagados, en los que es muy difícil sorprender llamaradas...; mundos misteriosos, en fin, que harán que los cuadros de costumbres, tan fieles como este de Chápuli, dejen mayor impresión, cuando á la realidad externa unan la interna, dando el poeta sus divinos toques á la obra del so-

ciólogo... *Del montón*, perfil excepcional... *Los musiqueros*, cuadro bien entendido: á mi juicio, no obstante, la plausible afición del indígena al Arte y su maravillosa constancia, se esterilizan por falta de buenos maestros... *Los hombres de corcho*, divertida relación... *El correo y las noticias:* ansiedad por el correo del que vive en provincias: graciosa crítica del *reporterismo* filipino... *Los martes de la gobernadora:* la sociedad peninsular *cursi* que gasta en vez de ahorrar los sueldos, y habla de sus fantásticas grandezas madrileñas... *Parnasillo filipino*, crítica de los malos poetas peninsulares: valdrále algún arañazo. Soy enemigo de este género, y más en Filipinas, donde asistimos, en todos los órdenes, á simples *ensayos:* noto y deploro alguna crudeza, y en este y el siguiente trabajo citas de nombres propios: deja Chápuli sus disciplinas con cascabeles, por otras menos suaves... *El teatro filipino del porvenir:* repito lo dicho: es duro con jóvenes, por lo menos estudiosos, como Isabelo de los Reyes, que, aunque equivocándose y exagerando, merecen estímulo. Hace muy bien, sin embargo, en pegar fuerte á los que se permiten censurar cosas de España con mal propósito: esto lo suscribo sin enmiendas... *Ahorros que cuestan*

caros, breve semblanza... *El mediquillo*, delicioso tipo, que tiene en su silueta mil matices de verdad... *Los chicos de la prensa:* males que oprimen á la prensa filipina: no ahondo por temor á que se me vayan los *matices*... *Los que vienen*, tipos copiados sobre cubierta: buenas manchas... *Los que se quedan*, un tío aprovechado... *La musa popular*, vapuleo á los indígenas que versifican en castellano: merecido pero impolítico, pues debemos tender á que hablen nuestro idioma, poco extendido aún, sin reirnos de sus disparates primeros: el trabajo tiene gracia. ¡Lástima grande que Chápuli, como yo, desconozca los secretos del idioma indígena, pues no puede extender sus juicios á la literatura del país, á la que guarda y conserva directamente el sentir y el pensar de un pueblo poco estudiado! Víctor Hugo disparataba rimando en castellano: figuraos al indio, sin los medios de aquel genio, consagrado á la misma empresa... *El fraile*, elogio merecidísimo de aquel elemento español, intermediario secular entre la raza nuestra y la indígena... La *hípico-taurina*, sátira justificadísima, allí donde sólo hay caballos liliputienses y toros.... como caballos... *El chino*, tipo bien entendido... Y *El indio*, trabajo de los mejores: afirma que los in-

dios «por desgracia han tenido más detractores que devotos», desentraña hábilmente el móvil pesimista de algunos escritores, y termina, después de rechazar las teorías que deprimen al indio, con estas levantadas palabras: «Opino, por el contrario, que son (los indios) una dócil masa de cera que, amalgamada con nuestros glóbulos rojos, acabará por convertirse en un organismo social fuerte, vigoroso y adecuado para la realización de los altos designios de la humanidad y de la historia.» Recomiendo esto á los que sólo se impresionen con la parte satírica; y la *nota*, que debe tener carácter general, de que el autor únicamente se ocupa de «viles falsificaciones».

Los renglones que anteceden, mera enumeración casi de los títulos, en que de paso emito algún juicio, prueban que hay verdadero derroche de siluetas y matices, y bastante imparcialidad al flagelar alternativamente á los españoles *blancos* y á los *españoles* negros. El libro es, además, precioso y elegantísimo, conteniendo *monos* muy notables de Riudavets, y un trabajo consagrado, al final, á explicar las voces del país, que se emplean como notas de color.

Habráse notado que Chápuli es uno de

esos espíritus pesimistas, que, contra su voluntad, sorprenden casi siempre el lado feo de las cosas: una enfermedad como otra cualquiera, que procuro no padecer recreándome en lo bueno y borrando mentalmente de los cuadros lo que considero defectuoso.

Chápuli, observador fino, flaquea algo, á mi juicio, en la crítica, como lo prueban *El correo y las noticias, Parnasillo filipino* y *Los chicos de la prensa.* En cambio son modelos en su género, y merecen mención de honor, *La gallera, Los gobernadorcillos rumbosos, El indio, Los musiqueros, Los martes de la gobernadora, El bago y el filipón* y *El mediquillo.*

Aunque he salvado, y salvo mis opiniones, en lo que no estoy conforme con Chápuli, declaro que hay mucho de común entre nosotros; Chápuli ama á Filipinas á su manera: le pasa lo que al enamorado que está siempre hablando mal de su novia... pero no sabe hablar de otra cosa. De sus tres libros, dos están consagrados exclusivamente al Archipiélago.

Y aquí termino, lector paciente. Ya he presentado á Chápuli.

—Y á ti, ¿quién te presenta?—preguntarás como en la anécdota, leyendo mi nombre de obscuro soldado raso. Responda

Chápuli por mí, ya que sus ruegos honrosísimos me pusieron en este aprieto. Si hay culpas, y las hay, sólo debo decir, como los niños obedientes:

—¡Yo no he sido!

Chápuli prefiere, sin duda, presentarse al público del brazo de un modesto camarada, á ir como un niño, de la mano de orgulloso maestro.

Aléjate ya, lector, de la ingrata orilla de este prólogo, para engolfarte en las aguas diáfanas de *Siluetas y matices*, donde encontrarás abundante cosecha de *peces* blancos y negros, y podrás enriquecerte con alguna perla.

JAVIER GÓMEZ DE LA SERNA.

Abril de 1894.

PROVECHOSAS
ENSEÑANZAS



PROVECHOSAS ENSEÑANZAS

(**Á mi buen amigo Eusebio García Gómez.**)

 los pocos días de mi llegada al Archipiélago, un excelente amigo mío, que era un vividor ingenioso y de grandes recursos, no obstante sus apariencias de persona ilustrada y conspi-

cua, díjome la siguiente frase, que cayó como una gota de acíbar en mi alma:

—¡Viene usted á un mal país!...

Semejante afirmación, en boca de un europeo que había pasado gran parte de su vida al amor de aquella tierra del plátano, que yo tengo aún por hospitalaria y generosa, requería una justificación más amplia y una prueba más concluyente. Á este propósito, hé aquí el primer argumento que puse enfrente de los pesimismos del filipón:

—Si tan malo es este país, ¿cómo echó usted en él tan hondas raíces?...

—¡Ay, amigo mío!, por razones que serían muy largas de explicar: la primera, porque aquí tengo mis únicas afecciones; la segunda, porque antes de embarcarme había estudiado en el gran libro de la humanidad un curso completo de mundología; la tercera, porque no traje á las luchas de este país el pesado bagaje de eso que asoma con el color del carmín á las mejillas; la cuarta, porque aquí, dislocando un poquillo la conciencia, se hace cómoda la

vida y no llega á conocerse nunca la miseria, esa espantable señora que invade casi siempre en nuestra querida España el hogar de la virtud y de la honradez... ¿Quiere usted todavía más explicaciones?...

—Sí, porque hasta ahora no ha hecho usted otra cosa que la más perfecta apología de lo que antes llamaba usted «un mal país».

—Tiene usted razón: he querido decir «un mal paisanaje».

—Eso ya es otra cosa—le dije, sintiéndome algo repuesto de la mala impresión que me habían producido sus primeras afirmaciones.

Pero el filipón no se daba por vencido: habíase propuesto arrancar poco á poco de mi alma todas las ilusiones, y me interrogó de esta suerte:

—Y usted, ¿qué se propone al venir á Filipinas?

—Lo que se proponen todos: prosperar en mi carrera y hacer economías.

—¿Cómo?...

—Trabajando honradamente.

—Eso es lo que, por lo general, pensamos todos al llegar á este país. Pero ya verá usted cómo, por necesidades que le irán imponiendo las circunstancias, tiene que hacer muy pronto una rectificación total de procedimiento y de conducta. El zigzag es aquí, mejor que en parte alguna, la línea recta de los más prudentes. El que, como yo, no lo comprende á tiempo, ni adelanta un solo paso en su carrera, ni hace dinero, ni merece siquiera la consideración de las personas bien educadas...

—Pues yo reniego de las fortunas que no tienen por base el trabajo y la economía.

—¡Valientes teorías se trae usted por estas tierras! ¡Trabajo y economía!... ¡Ja, ja, ja!... Usted viene engañado, amigo mío.

Mi candorosa sinceridad provocó en aquel hombre una carcajada de burla. Al ver que con tan inaudito descaro se mofaba de mis buenas intenciones, díjele algo amostazado:

—Por lo visto, la honradez y los buenos propósitos sirven aquí de chacota aun á

las personas que pasan por sensatas. ¿Es, por ventura, la desvergüenza y el latrocinio lo único que aquí merece respeto?...

—Hombre, no tanto; pero algo de eso resulta cierto en la práctica: no podía suceder otra cosa en el que las gentes llaman «país de los viceversas». Por eso me río á mandíbula batiente cuando oigo las vulgaridades y los escrúpulos de los que no conocen, ni por asomo, la tierra que pisan: sólo á usted, que acaba de llegar, se le puede permitir que hable de trabajo y economía donde el noventa y cinco por ciento de los habitantes se pasan la vida en un desperezo y donde jamás se le ocurre á nadie pensar en el mañana. La experiencia, amigo mío, hame dado frecuentes y durísimas lecciones; por ellas sé que aquí el talento, la rectitud, la moralidad, sucumben siempre á manos de cualquier intrigantillo que maneje medianamente la hipocresía, resorte que es hoy el más esencial en la vida y en el trato de gentes.

—Ese es, por desgracia, un mal de todos los tiempos y de todos los países.

—Sí; pero aquí constituye una verdadera epidemia, de que es preciso dejarse invadir para que le consideren á uno *aclimatado* por completo. Ejerce este medio ambiente tan pernicioso influjo, aun entre los espíritus más bien templados, que son pocos, poquísimos los que no caen en el vicio que tanto censuran en los demás.

—Pues si usted es de los que cayeron, tiene usted que confesar que ha caído en blando: usted lo ha sido todo; cuenta usted con generales simpatías, es usted hombre de gran prestigio y dispone de una fortuna saneada... ¿Qué más quiere?...

—Es verdad, tengo todo eso que usted dice; pero... ¡á costa de cuántos sacrificios! Para salir á flote, hay que empezar por no tener convicciones, ni siquiera amor propio. Si usted aspira á ser algo en este mundo, abandone toda clase de impedimentas: así se amolda uno á las circunstancias más fácilmente.

—Necesitaría nacer de nuevo y tener otro carácter: yo me confieso incapaz de semejantes milagros. El que lucha necesi-

ta un ideal que le sirva de arma de combate.

—Pues con no luchar está usted al cabo de la calle: el esfuerzo aislado contra la tendencia de toda una colectividad, es impotente cuando no es ridículo. Á los hombres se les doma mejor con la caricia que con el látigo. ¿Qué trabajo cuesta ser agradable á todo el mundo cuando eso no lastima nuestros propios intereses?

—Tiene usted razón; pero con ese sistema, aun entre los menos perspicaces, se corre el riesgo de parecer anodino y algunas veces adulador.

—Pero no se hace uno antipático...

—Prefiero serlo antes que transigir con ciertas ridiculeces. Yo, sin prescindir de mis convicciones, pienso defenderme como bueno...

—Es inútil: para no sucumbir tendrá usted que apartarse del foco. Al principio nos cuesta algún trabajo vencer repugnancias morales; después, ya se transige con esas pequeñas perfidias que constituyen el hecho frecuente y victorioso entre las al-

mas que yo llamo piadosas y que ustedes, los Catones de la última hornada, tienen por corrompidas. Más tarde, ya casi inconscientemente, y por virtud del contacto diario, se familiariza uno con ciertas perversiones del espíritu, tan necesarias para no hacerse odioso á esa inmensa mayoría que, esclava eterna de las «conveniencias sociales», juzga con benevolencia compasiva las flaquezas del prójimo, para que éste juzgue con igual criterio las flaquezas de los demás. Así he ido yo resbalando poco á poco, hasta que, por último, sin ruidosa protesta, sin exhalar un quejido, me dejé arrastrar por la arrolladora corriente. Cuando á veces hago examen de conciencia, acabo por confesarme reo de la culpa general, pues he ejercido, unas veces por egoísmo, otras por cálculo, la pecaminosa y entretenida tarea de engañar y ser engañado; que todo eso hace falta, amigo mío, para vivir tranquilo y para merecer en estos tiempos el aprecio y la consideración de las gentes honradas...

—Hoy se ha obstinado usted en dejar

sobre mi alma una nube de melancolía.

—Una nube de tristes verdades que digo á usted en este que, seguramente, es mi cuarto de hora de sinceridad. No olvide usted que, como dijo quien á fondo conocía á sus semejantes, Dios ha concedido al hombre el don de la palabra para disfrazar sus pensamientos; que la verdad, en este mundo en que casi todo es una convencional mentira, resulta muchas veces sinónimo de imprudencia. Si no quiere usted ser un cuerpo extraño y molesto dentro de este organismo social, hágase usted un poquillo hipócrita. Con eso, en realidad, no hace usted daño á nadie, y tiene usted, en cambio, la ventaja de crearse un círculo de amigos que pueden servirle de mucho en las contingencias del porvenir. Así es como yo he realizado mis aspiraciones; así paso por hombre serio y prestigioso, y así vivo en paz entre los elementos más incompatibles. Un corazón generoso, ó una inteligencia bien organizada, cuando no tiene el concurso eficaz de esa ductilidad de carácter que tan bien se acomoda

á todas las situaciones, resulta aquí siempre, por designio fatal de los hechos, una espada rota con la que ya no se cuenta para nada en las luchas cruentas de la vida...

—Y ¿es ese, por supuesto, el atajo por donde llegaron á la cúspide los que ahora disfrutan de grandes riquezas y de pingües destinos?...

—En absoluto, sería peligrosa, tal vez injusta, semejante afirmación; pero en términos generales, puede decirse que sí... La raza de esos que, como decía el gran dramaturgo inglés, arrojan el pasado al abismo sin querer inclinarse para ver si está bien muerto, procrea aquí y se extiende de una manera extraordinaria. No personalizo, ni señalo á nadie, aunque bien podría hacerlo con pruebas irrefutables. Usted va á permanecer en este país el tiempo necesario para conocer á las gentes y para formar un juicio exacto y fortalecido con sus propias observaciones. No rompa usted lanzas por nada ni por nadie; sea usted reflexivo y prudente, y juzgue

con benevolencia sistemática los actos de los demás; pero, por si acaso, desconfíe usted siempre de esos falsarios de levita que, como los sepulcros blanqueados, sólo guardan despojos en las reconditeces impenetrables de su alma.

Á partir de aquella provechosa entrevista, dediquéme á hacer el proceso mental de cuantas personas conocí y traté, con mayor ó menor intimidad, durante mis siete mortales años de residencia en Filipinas. El amigo con quien sostuve el anterior diálogo puede tomarse como modelo típico de los que, sin grandes esfuerzos, hacen fortuna y posición en aquel país. El sistema es tan fácil como socorrido: consiste en encontrar el flanco vulnerable de los que mandan y seguirles la corriente, sin otro cuidado que el de conservar, en todas las situaciones, la posesión del papel que se representa. Las gentes empiezan por considerar hombres serios á esos hábiles histriones de la comedia humana,

y acaban por convencerse de que son los necesarios para resolver los grandes problemas de la vida social. Los esfuerzos de mi voluntad resultaron casi siempre ineficaces, cuando no estériles, para que ciertas gentecillas de por allá, que seguramente no tienen por norma de conducta la inflexibilidad de la línea recta, me considerasen *aclimatado* á aquel medio ambiente, que tiene algo de sugestivo y mucho de aniquilador. Por esa razón no me sorprende ni me espanta que de mis candorosos entusiasmos de adolescente, de todas las acometividades de mi inexperiencia, haya tenido que arrepentirme tantas veces, y, en cambio, de mis desconfianzas y retraimientos de hombre, siempre atenuados con el piadoso ejercicio de la común cortesanía, no haya tenido que arrepentirme jamás. Víctima alguna vez de grandes tribulaciones, he encontrado, con harta frecuencia, aun entre los que yo tuve por sinceros amigos, esa fingida conmiseración que es, en el fondo, la fórmula suprema de la indiferencia y del egoísmo. Di-

fícilmente hallé consecuencia, lealtad, sacrificio, en los que no tuvieron por móvil interno un mezquino y personal interés que les obligara á esconder cautelosamente las garras y á participar, en la apariencia al menos, de mis escasos triunfos y de mis frecuentes derrotas. Cuando ese interés desapareció, surgieron casi siempre de improviso, para mis grandes infortunios, los Vitelios que olfatean con delicia el cadáver del enemigo; para mis fugaces alegrías, los maldicientes que devoran en silencio las tristezas del ajeno bien.

Por eso, querido Eusebio, al recordar tu inquebrantable amistad, siempre sincera y generosa, como cumple á tu noble raza aragonesa, olvido por un momento las desventuras sufridas en días azarosos é inolvidables para los dos, y exclamo con hondo regocijo:

¡Aun hay patria, Veremundo!

Tú, que conservas todavía rico caudal de ilusiones y de esperanzas; tú, que aun no tienes el corazón convertido en un limón

pocho, como sucede á una gran parte de los que por ahí viven y medran, ya que no puedas hacerte hipócrita, lo cual es gravísima rémora para tu porvenir en el mundo, hazte al menos reservado y no confíes á nadie tus tristezas; ahógalas en secreto y con varonil resignación, que así evitas sarcásticos pésames de amigos dudosos y alegrías malévolas de enemigos declarados. Y cuando el azar ó tu heroismo te deparen el premio gordo de la Lotería ó la Cruz laureada de San Fernando, apresúrate á publicar la noticia para general conocimiento. Así serás envidiado de los falsos amigos y quitarás unas cuantas horas de sueño á los verdaderos adversarios.



LA GALLERA



LA GALLERA

(Á Salvador Rueda.)

É ahí la distracción favorita del indio filipino: ella tiene la virtud de despertar sus afanes de lucro; por ella se siente capaz del trabajo más penoso, del sacrificio más grande, de la privación del deseo más apetecido; por ella abandona sus deberes más sagrados y sus ocupaciones más apremiantes; por ella, en fin, se emancipa de ese perezoso y soñoliento estado de laxitud á que le condena la influencia enervante de una atmósfera abrasada y caliginosa.

No se concibe en Filipinas fiesta solemne

de patrono de pueblo, ni domingo, sin gallera: el Tesoro tiene en este tradicional esparcimiento del pueblo indígena uno de sus más importantes y saneados recursos; los asentistas y subarrendadores le convierten igualmente en fácil medio de explotación, y el indio, el chino y el *amateur* europeo van á buscar en los sangrientos azares de la lucha de esos vigilantes y altaneros polígamos de corral, que fueron símbolo de intrepidez y de valor entre los antiguos guerreadores de la culta Grecia, la ganancia problemática y la ruina segura de unas cuantas familias.

La gallera es el único espectáculo que tiene allí el privilegio de conmover á las muchedumbres indígenas: id á un circo de caballos, presenciad en aquel país la representación de un sainete de bien urdida trama y de situaciones grotescas, y veréis pasar en silencio, casi inadvertidas para la generalidad del público, las sonoras bofetadas y las chispeantes ocurrencias de los clowns, las frases más picarescas y las escenas más ingeniosas de la obra teatral.

Esos chisporroteos de gracia, que son el regocijo de este franco y noble pueblo español, dispuesto siempre á celebrar con ruidosas ovaciones y frecuentes carcajadas la copla picante y el chiste culto, se escuchan allí con la misma frialdad, con la misma indiferencia que escucharían un soporífero discurso de Jove y Hevia ó un drama original del seráfico Catalina. Si queréis ver la clásica indolencia del indio convertida en nerviosa movilidad, acudid á su gallera: antes de penetrar en el inmundo *bahay* de caña y nipa, con sus extensas graderías de madera sostenidas por columnas que aquella Naturaleza exuberante y grandiosa hace brotar por todas partes en forma de troncos de flexibles cocoteros y majestuosos *talisays*, os sorprenderá el vocerío de una muchedumbre bulliciosa, frenética, que discurre en todas direcciones, comentando los lances de la reciente pelea, en que un gallo casi moribundo, en el último esfuerzo de su lenta agonía, clavó la acerada lanceta en el corazón de su adversario, dejándole inmó-

vil á sus pies en medio de la estupefacción general.

Hállanse de ordinario las galleras filipinas circundadas por un seto de caña entretejida, en cuyo ancho recinto se instalan numerosos tenderetes que despiden un olor acre y nauseabundo; unos cuantos mercachifles chinos y algunas mujerzuelas industriosas expenden allí á los jugadores toda clase de comistrajos y golosinas, refrescos, vinos del país, tabacos, *buyo* y alcoholes.

La función da comienzo en las primeras horas de la mañana, y suele prolongarse el tiempo necesario para que entren en lid todos los gladiadores destinados al sacrificio. El palenque cerrado para la sangrienta lucha es un estrado rectangular circuido por balaustradas de madera, entre cuyos barrotes se extiende una espesa red de alambre para que no se escapen los contendientes. Antes de la *soltada,* los gallos son sometidos á escrupuloso examen y pesados en una balanza que tiene por objeto equilibrar las fuerzas y el empuje de los futuros luchadores. Cuando termina esta

delicada operación, á la que conceden gran importancia los *dilettanti*, se provee á los lidiadores de su terrible arma de combate, consistente en un afilado espolón de acero, incisivo como agudo bisturí y cortante como navaja de afeitar. Mientras los hábiles *soltadores* de oficio, en cuclillas, acarician á las víctimas, aproximándolas hasta que se pican y enfureciéndolas con el castigo para que, una vez sueltas, arremetan con bravura, los jugadores conciertan sus apuestas, el vocerío se generaliza, ocupan sus asientos en la grada los que poco antes habían visitado los tenduchos ambulantes para reponer fuerzas gástricas ó para apagar la sed en frecuentes libaciones alcohólicas; confúndese el timbre argentino de las monedas entregadas al azar con el canto sonoro y alegre de los gallos, y óyese entre el bullicioso y atronador gentío, presa de excitación indescriptible, un murmullo sordo y creciente en que vaga entre oleadas indecisas todo un mundo de emociones, dicterios, sonrisas, gritos, promesas y esperanzas.

El momento es solemne: las extensas graderías, atestadas de gente en abigarrado conjunto de todas las clases sociales, presentan un golpe de vista animado y pintoresco. Cien camisas de piña bordadas, con sus pintarrajeados matices y sus gruesos botones de brillantes, irisados y deslumbradores, que son el lujoso atavío de los mestizos adinerados, contrastan con los harapientos andrajos de vivos colores con que cubren sus achocolatadas desnudeces los indios de la sementera. En estos instantes, el cuadro es digno del pincel de Goya: mil brazos se agitan; mil miradas, en que se refleja la impaciencia, convergen en un punto; mil bocas, enrojecidas por el *buyo*, gritan á la par; mil corazones laten confundidos en una sola esperanza... ¡Cuánta vida entonces, cuánta luz, cuánta animación entre aquella muchedumbre poco antes sumida en esa mansa quietud, en esa enervadora pasividad, en esa eterna melancolía que parecen constituir el carácter propio, la fisonomía peculiar, el temperamento distintivo de aquellas razas que

viven bajo el influjo del ardiente y hermoso sol de los trópicos!...

La lucha va á empezar furiosa, implacable, sin un minuto de tregua entre dos enemigos que se odian con ferocidad, se persiguen con instintiva codicia, y que, ya impacientes, irritados, estiran el cuello adornado con vistoso y multicolor cerquillo de plumas largas y encrespadas por la cólera. Los *soltadores*, sujetando á sus valientes adalides por la cola abundante y lustrosa, que semeja vistoso penacho de metálicos visos, esperan la señal del *juez sentenciador*, qué es, por lo general, un indio anciano, á quien su larga práctica, su reconocida imparcialidad y sus especiales conocimientos en tan difícil materia, dieron autoridad omnímoda, inapelable para decidir todo género de contiendas entre gallos y jugadores; las apuestas menudean, se acentúan los ademanes y el alboroto de la plebe, y se oyen á un tiempo cien voces que gritan desaforadamente:

—Por el *bulí* voy cinco pesos.

—Tres contra dos por el *talisay*.

—¡Van, van conmigo!...

Las monedas caen como incesante lluvia de plata sobre el estrado; se anotan las transacciones; hay un instante de profundo silencio, precursor de grave y transcendental acontecimiento, y, de repente, un grito general anuncia que los gladiadores se han lanzado á la palestra. Las apuestas



siguen cruzándose de un lado á otro de la gradería; los contendientes, astutos, recelosos, van y vienen, se miran de través como acechando el momento de una arremetida por sorpresa; cantan, se sacuden con fiereza el erizado plumaje, yerguen la cabeza con varonil arrogancia, poco á poco se aproximan, abren de pronto las alas, saltan con ligereza, y al encontrarse en el aire, dejan caer una nube de flotantes plumas. Ya están frente á frente los luchado-

res, con los picos alargados, mirándose con unos ojos que relampaguean de coraje; los saltos son más frecuentes; se hieren con el punzante aguijón, se persiguen, se pican en el cráneo, en los ojos, en el cuello, arrancándose trozos de carne ensangrentada, hasta que, en uno de sus vertiginosos revuelos, clava uno de los contendientes el acerado espolón en el pecho de su adversario, que cae exánime, pataleando, sintiendo aún en los estertores de su terrible agonía los picotazos continuos, implacables, del verdugo que le martiriza sin descanso y sin piedad. Entonces el vencedor, ufano, arrogante, provocativo, harto de sangre y de venganza, entona en prolongado *¡quiquiriquí!...* el himno de la victoria, confundiendo sus ecos estridentes con el ensordecedor griterío de la frenética muchedumbre... Víctima y verdugo son recogidos inmediatamente por sus dueños: la alegría del uno contrasta con la terrible pesadumbre del otro: mientras el afortunado saborea en silencio su triunfo y cauteriza con alcohol los rasguños del valien-

te animal, el perdidoso, llevando consigo, como trofeo de su derrota, el ensangrentado cadáver del que fué su mejor amigo, su compañero inseparable, su ídolo, se retira tristemente á su maltrecho y destartalado *bahay:* allí le espera la mujer amante, esa simpática heroína del hogar indígena, resignada al sacrificio, dispuesta siempre á trabajar y á producir, mientras que el venturoso padre de sus hijos disipa en el ocio su miserable existencia, roba á los seres amados las caricias de que es tan pródigo con sus gallos de pelea, y aguarda impaciente el domingo para verlos morir tras de sangrienta y desapiadada lucha, acaso para dejar sin el honrado pan del trabajo á una familia desgraciada.





EL BAGO Y EL FILIPÓN



EL BAGO Y EL FILIPÓN



SON dos tipos diametralmente opuestos. Hay entre uno y otro la distancia que media entre la ilusión y el desengaño. Llega el «bago» creyendo encontrar la tierra de promisión, el vellocino de oro ó el rico país de Jauja, donde se atan los perros con longanizas y hasta los gatos llevan zapatos.

¡Valiente negocio harían allí los maestros de obra prima!

Porque los filipinos de buena cepa han declarado la guerra á la zapatería.

Y gracias que algunos transigen con los pantuflos.

No hay más que llegar al país, con predisposiciones más ó menos comerciales, para sufrir ese desencanto.

El filipón, hombre ya vapulado por las desdichas de la realidad, es generalmente el que se encarga de poner al bago en antecedentes de todo lo que en el país constituye la parte vulnerable.

Porque el «matandá», no sé si por egoísmo, por temperamento ó por sistema, es el que primero maldice del suelo que le da de comer.

Allí, según aquellos señores, no se puede vivir.

Es preciso emigrar.

Pero ellos hacen lo del capitán Araña.

Y se quedan viviendo.

Cosa que les convierte en el símbolo de la contradicción.

Hé aquí el resumen de las doctrinas del filipón: haced lo que yo os digo, y no hagáis lo que yo hago.

D. Facundo, que es el bago de mi cuen-

to, acababa de llegar á su ínsula, con el bagaje de doña Jacinta, su cara mitad, que le había obsequiado con tres criaturas de buen carácter y mejor apetito. Traía el hombre su credencialita, que le había costado un triunfo, agotando, en una prolongada cesantía, los recursos que le dejaron sus quince años de servicios, los muebles y alhajas de posible empeño y la paciencia del Ministro, del que había sido D. Facundo un verdadero magiar y una constante pesadilla.

La familia del nuevo funcionario, siguiendo la buena práctica establecida, es visitada por la colonia peninsular.

Todos le ofrecen protección y todos se consideran autorizados para darle buenos consejos.

Del caudal de experiencias que D. Facundo recoge, sólo pueden deducirse contradicciones.

El camagón y su consorte hacen la visita de etiqueta á los recién llegados. Él se resigna al sacrificio de ponerse camisa, si la tiene, y ella, la consorte, encuentra una

bonita ocasión de lucir sus trapitos de cristianar.

Preséntanse en la mal equipada vivienda del bago, y, previos los saludos de rúbrica, se entabla el siguiente diálogo:

—¿Qué tal el viaje?

—¡Ah, malísimo! Jacinta, sobre todo, no ha tenido día bueno. La pobre tiembla al pensar que hemos de meternos otra vez en un barco.

—Es que han venido ustedes en mala época. Ahora es el cambio de monzón.

Entre las señoras:

—¿Qué le va pareciendo á usted el país?...

—¡Qué quiere que le diga! No le encuentro tan malo como lo pintan.

—Crea usted que todo lo que se diga es poco. Esto es infernal, sobre todo para las señoras.

—Pues yo me siento bien.

—¿Se acuesta usted con medias?

Doña Jacinta, para sí:

—(¡Jesús, qué porquería!) ¡Quiá, no, señora!

—Pues le aconsejo que lo haga. Es de

muy malas consecuencias aquí un enfriamiento de las extremidades...

Doña Jacinta, para su capote:

—(¿Se estará burlando de mí esta señora?) Conque hay que acostarse con medias, ¿eh? ¿Oyes, Facundo?...

La filipona:

—Sí, señora. Y mucho cuidado con el estómago. Hay que usar faja de franela, y, sobre todo, no dormir con las ventanas abiertas.

—¡Vaya, vaya! ¡Apenas se necesitan precauciones para vivir en este país!...

Y hablan los maridos:

—Crea usted que aquí no vivimos más que los desesperados.

—Vamos, eso es una exageración. A mí no me parece esto del todo despreciable.

—¡Calle usted, por Dios! ¿Quiere usted que sea bueno un país donde tenemos tres meses de baguios, tres de calores infernales, tres de lluvias y truenos, y otros tres de temblores?...

—¡Por algo cobramos el doble más la mitad! No se pescan truchas á bragas enjutas,

—Eso no compensa los sinsabores que aquí se pasan. La vida es carísima; los comestibles de Europa están por las nubes, y sólo hay carne dos veces por semana. Es preciso comer pollo á todo pasto. Y menos mal que eso es aquí género barato.

—¡Pues valiente castigo se nos viene encima! ¡Comer pollo á diario! ¡Cualquiera puede comerlo allá, como no sea por Pascuas!...

—Eso lo dice usted, porque aun es «bago»:

—¿Cómo que soy bago?

—Nuevo en el país, quiero decir.

—¡Ah, vamos; creía!...

—Por si le parece poco lo que le llevo dicho, agárrese á esto: aquí el cólera es endémico. Lo tenemos siempre en China. Vamos, á las puertas de casa, como quien dice.

—Eso ya es más serio. Pero tampoco me asusta. Crea usted que no hay cosa peor que el hambre.

—¡Qué cosas tienes!—exclama llena de rubor la consorte de D. Facundo.

Y sigue el camagón echando pestes:

—En fin; ya verá usted cómo eso que le han dicho son tortas y pan pintado en comparación con la realidad.

Á lo que contesta el bago:

—Lo que yo creo es que algo bueno hay aquí, cuando los que conocen esto y se van, andan bebiendo los vientos por volver.

Queda terminada la visita. Hay ofrecimiento recíproco de casas y servicios, y en cuanto se pierden de vista, unos y otros se entregan á comentarios del siguiente jaez.

Los visitantes:

—¡Chico, qué par de estafermos! ¿Has visto qué cursi es ella y qué groserote es él?...

—No seas criticona, Emerenciana.

—Lo que te digo es que no quiero amistades. Que nos paguen la visita, y... si te he visto, no me acuerdo.

Los visitados:

—Mira, Facundo, no me gustan esas franquezas tuyas. ¡Dios mío, estoy avergonzada!... ¡Qué dirán esos señores!... Creerán que somos unos mendigos...

—Pero, mujer, ¿qué pueden decir? ¿Que

venimos por necesidad? Pues que lo digan. No es eso ninguna deshonra.

—Es que no quiero que nadie te critique, y menos esa desgarbada y ese tío groserote.

—¿Ya te las echas de persona importante?...

—¡Pues ya lo creo! ¡No faltaba más!...

El matrimonio acaba por tirarse los trastos á la cabeza, porque D. Facundo no transige con la hipocresía.

Doña Jacinta es tan señora como la primera.

Y gastará carruaje como todas.

Y no consentirá que ninguna lleve un «matinée» más encarnado que el suyo.

¡Cualquiera resiste á la «señá» Jacinta cuando tenga en el baúl tres ó cuatrocientos pesos economizados!...

¡Habrá que oirla!...



LOS GOBERNADORCILLOS

RUMBOSOS



LOS GOBERNADORCILLOS RUMBOSOS

(UNA SOIRÉE)



La visita de Ricardito Chispón, aquel muchachuelo enamoradizo y vivaracho, más alegre que unas castañuelas, nuevo Pangloss que vivía en Filipinas como en el mejor de los mundos posibles, ponía algunas veces en mi ánimo

un agradable paréntesis á aquella sedentaria vida de provincia, donde el

Hoy como ayer, mañana como hoy,
y siempre igual,

se deslizan con una monotonía capaz de consumir la paciencia de un benedictino.

Mi alegre compañero, cuyo apellido sonaba á taponazo, me dijo:

—¿Qué haces, pacato empedernido?

—¡Hola, perdis! Ya lo ves: leyendo.

—Como siempre, ¿eh?...

—Es mi gran antídoto contra el *spleen*.

—Traigo una buena noticia.

—Sepamos qué es ello. Siéntate.

—Pues verás. El capitán Quicoy, que es uno de nuestros primeros y más rumbosos gobernadorcillos, me ha invitado á un *fiestajan*, en celebración del aniversario de su nombramiento. Excuso decirte que vamos á pasar un rato excelente. Conque, no perdamos tiempo: arréglate...

—¡Este Chispón es el mismísimo demonio!—contesté dando de mano á mi lectura.

Y en un periquete vestíme casi de etiqueta.

Cuando paró nuestro vehículo junto á la casa de Quicoy, híceme cargo de lo que la *soirée* podía dar de sí, al ver la fachada llena de farolillos de papel.

Nuestra llegada tuvo todo el carácter de un acontecimiento.

—¡Castila!... ¡Castila!—decían los muchachuelos que atisbaron nuestra bajada del carruaje.

Suspendióse el baile, y el anfitrión, con mal disimulada complacencia, salió á recibirnos, dispensándonos una acogida cariñosa.

El salón, adornado con flores de trapo, de esas que son el atalaje de nuestras horchaterías, estaba de bote en bote. Las *babaes,* con sus crujientes sayas de raso, formaban una orgía de los más vivos colores; los del sexo feo, una rica combinación de blanco y negro, con sus pantalones de elasticotín, sus zapatos de charol y sus camisas de piña bordadas, en las que lucían gruesos botones de brillantes.

Quicoy, adelantándose hacia una jamona, que resultó ser su cónyuge, dijo:

—Caralampia, el señor...

—Á los pies de usted, señora—añadí por mi parte.

Y ella, con la timidez de una colegiala, exclamó:



—*¡Abá,* también el señor Chispón!... ¡Cuánto tiempo sin verle por aquí!...

Mi amigo, que lo era igualmente de aquella buena familia, preguntó:

—¿Y las *dalagas*?

—Aquí, señor—contestó doña Caralampia, señalando á uno de los rincones.

Y las niñas de Quicoy, no del todo mal parecidas, se destacaron del grupo de *babaes*, que habían sembrado el salón de colillas y manchas de buyo.

Hecha la presentación en toda regla, sentéme junto á la ventana, dispuesto á no tomar parte activa en el *fiestajan*. De antiguo sabía yo que la india filipina, en sociedad, es mujer de poca conversación. Para invitarlas á bailar, no hay más que acercarse á ellas con mucha ceremonia, no decir una palabra y ofrecer el brazo: el silencio es la más expresiva elocuencia entre aquellas gentes. Bailando hay que observar ciertas precauciones para no incurrir en el desagrado de las señoras: una sonrisa, una galantería ó una broma de buen género que se permita el *castila*, entre las filipinas que toman en serio tales mojigangas, les hace suponer que nos burlamos de la pareja por su nariz, por sus ojos ó porque esté picada de viruelas. Estas rarezas, tan propias de las condiciones especiales

del país, no quitan, sin embargo, atractivos á los aficionados á la *soirée* filipina que van dispuestos á dar volteretas, á atiborrarse de comistrajos y á oir sentimentales melodías de arpa. Hé ahí la explicación de mi retraimiento en el *bailujan* de aquel espléndido y simpático gobernadorcillo.

No así el amigo Chispón, que, indignado por la falta de animación de los circunstantes, gritaba:

—Pero ¿qué es esto? ¿Por qué no se baila? Quicoy, ¡á ver si nos tocan algo esos músicos!...

Y éstos, obedeciendo, preludiaron un vals.

Mi amigo, que era un excelente bailarín, comenzó á dar volteretas con una de las niñas de la casa. Dos ó tres jóvenes le imitaron, haciendo alarde de sus aficiones coreográficas.

En cuanto terminó el bailable, los chicos, sin soltar vocablo, fueron á incorporarse al grupo del sexo feo, que tenía su puesto de honor en la «caída», dejando á las «babaes»

sumidas en el más profundo silencio.

El amigo Chispón, que ya había empinado el codo de lo lindo, era el único que animaba el cuadro, diciendo tonterías á porrillo. De otra suerte, el baile se hubiera convertido en un velatorio de difunto, á juzgar por la seriedad estereotipada en aquellos rostros taciturnos.

La orquesta preludió los primeros compases de un rigodón. Mi amigo, asiéndome de un brazo, púsome frente á la señora de la casa; y yo, que nunca me las había visto tan gordas, me resigné á bailar.

Mi *vis-à-vis*, que era un «lalaque» picado de viruelas, se arrancó á paso lento, contoneándose y haciendo cortesías. Yo procuré imitarle con aire menos ceremonioso, y por aquella vez salí del apuro sin consecuencias que lamentar. Después, al tocar ligeramente la mano de la chica de mi *vis-à-vis*, sentí un calofrío. Aquella mano delgada, fría y sudorosa, parecióme la de un cadáver. Siguieron las figuras y los balances, y en uno de aquellos cuadros de estatuaria, hice una *plancha* fenomenal.

Por un exceso de finura quise volver de espalda hasta mi sitio, y una larga cola se enredó en mis pies. El tropiezo hubiera sido mortal, si, al desplomarse mi cuerpo, no arrastrara en mi caída á doña Caralampia, cuya obesidad extraordinaria hízome el efecto de un colchón de plumas.

Allí terminó el rigodón. La dueña de la casa no sufrió, por fortuna, el menor daño en la caída. Una de sus chinelas bordadas había desaparecido entre las faldas de una espectadora, y la mujer de Quicoy, con un «queso» al natural, anduvo á saltitos, hasta que, sentándose sobre una de sus niñas, le llevaron el trasconejado pantuflo.

Este accidente no alteró la pasividad de los convidados, que seguían gozando, por dentro, de tan espléndido *fiestajan*.

Aun faltaba lo mejor: el canto y la cena.

Una de las hijas del anfitrión y tres mozuelas pálidas, ojerosas y embadurnadas de yeso, se agruparon en torno de un piano.

Quicoy, con una sonrisa de satisfacción, me miraba como queriendo decir:

—«¡Ahora verá usted qué bien cantan estas angelicales criaturas!»

El pianista, que miraba las notas á través de unas gafas verdes, comenzó á preludiar. Las



niñas, con la mirada fija en el suelo, encendidas de casto rubor, entonaron á coro una romancita, que resultó ser la *Stella confidente.*

Prolongados aplausos siguieron á los alaridos de las pobres muchachas; y yo, dispuesto á no seguir gozando las delicias de aquella velada, dije al amigo Chispón:

—¡Vámonos, ó me duermo!...

—Espera un poco: antes hay que cenar.

Esto me convenció.

Y esperé.

Á los cinco minutos ocupábamos un puesto de preferencia en la bien provista mesa del capitán Quicoy.

El *menu* que nos sirvieron, con prolongadas intermitencias, aquellos camareros descalzos, á quienes sorprendimos más de una vez limpiando cubiertos con el faldón de la camisa, es el que copio á continuación, sin alterar el original.

Decía así una tarjeta que cayó en mis manos:

LISTA DE LAS COMIDAS

1.º Sopa de Pedeus.
2.º Cholitas empapeladas de vaca.
3.º Guisantes de follo.
4.º Relleno de pabo.
5.º Carne mechado.
6.º Follo en sebollas.
7.º Rosbig de carne.
8.º Esparago.
9.º Jamon en dorsi.
10.º Asado de capun.

Al terminar el banquete sentí los preludios de una indigestión.

Tomé el sombrero, y agradeciendo la amabilidad del simpático Quicoy, le dije:

—¡Excelente noche, amigo mío!... Á ver si estas cosas se repiten. Pero diga usted: ¿quién ha redactado la «lista de las comidas»?

—El maestrillo, señor. Sabe ése muy bien el *castila*.

—Ya se conoce.

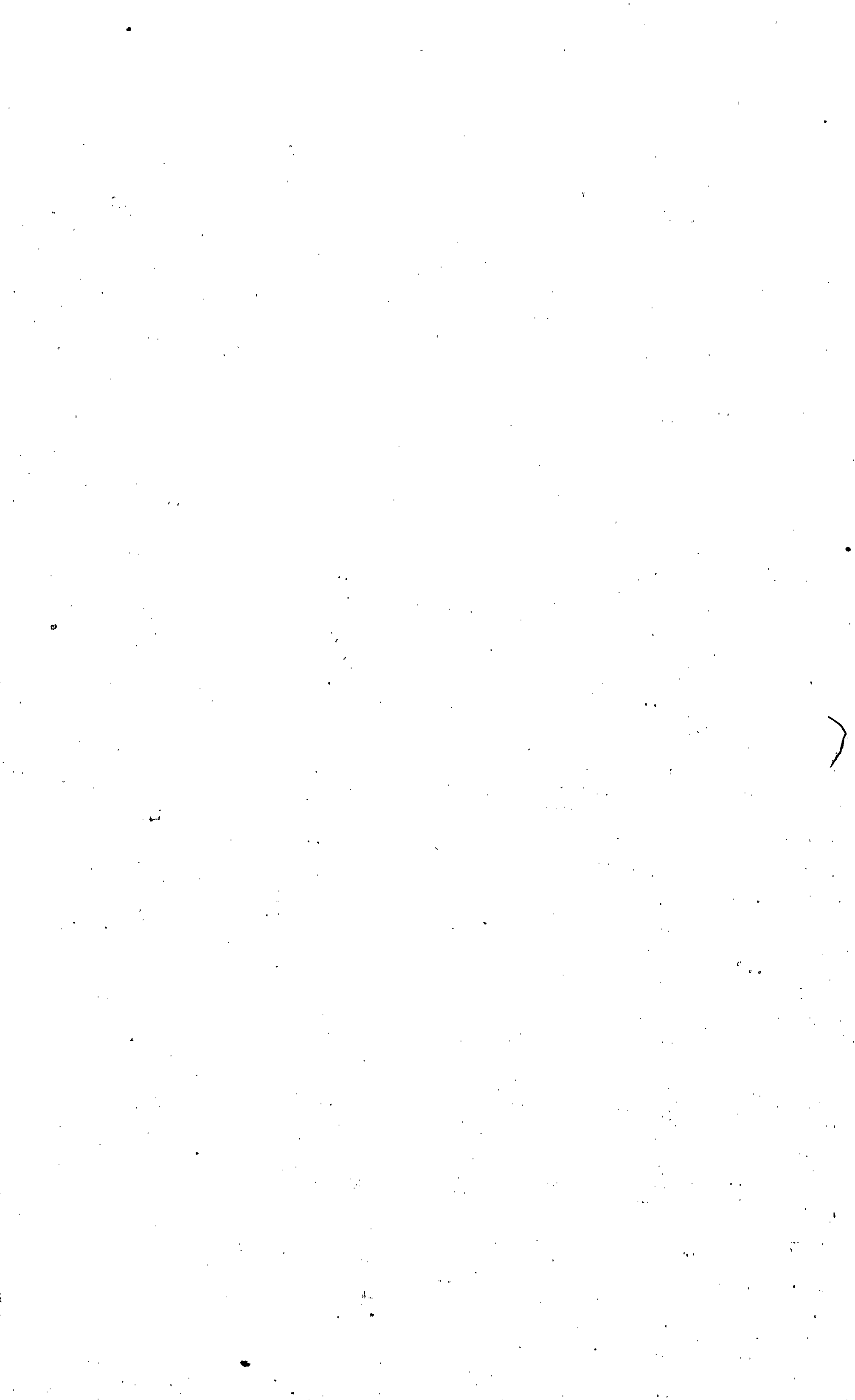
Y salí diciendo al amigo Chispón:

—¡Aun hay quien por ahí asegura que las autoridades locales y los maestros de escuela de Filipinas no están civilizados!... ¡Qué calumnia!...

—Ya lo ves: hablan el castellano como yo... el chino.

Y aun se quedaba corto el amigo Chispón.





DEL MONTÓN

(UN CASO DE CHIFLADURA)



(UN CASO DE CHIFLADURA)

UÉ, sin disputa, D. Liborio Rabadilla el tipo más original de la colonia. No habrá ninguno de los que formaban entonces el elemento oficial de la provincia de Tira-tira, que no conserve en un rinconcito de su memoria las famosas hazañas de aquel pobre diablejo.

Era á la sazón el bueno de D. Liborio nada menos que juez de primera instancia. La seriedad de la justicia histórica tuvo por esta vez, como legítimo representante, un jurisconsulto grotesco. Error muy grande fué del Júpiter de su Olimpo eso de elevar al sitial de la judicatura, tan dignifi-

cado siempre, á un polichinela que, lo mismo en el trato social que en el ejercicio de sus funciones, hacía estallar la risa hasta en los labios más contraídos por el dolor.

Entre los que tuvimos la dicha de conocerle, bastaba pronunciar su nombre para celebrarlo con ruidosas carcajadas.

Porque D. Liborio, aquella personificación de la extravagancia, será en todo tiempo un hombre excepcional. Nació para regocijo de la humanidad, y no pudo sustraerse nunca á la misión que le había confiado la Providencia.

Sería estudio curiosísimo eso de averiguar la influencia de los climas intertropicales sobre las naturalezas inferiores.

Yo creo—y valga la paradoja—que á medida que la fuerza solar absorbe la substancia gris de la masa encefálica, se apropia el cerebro los aires de la tontería ó el vacío de la imbecilidad.

Porque el estado mental de D. Liborio no podía ser innato. ¿Cómo ofender el decoro del profesorado que le había investido con la toga de jurisconsulto?...

Lo que sí puedo afirmar, sin ofensa de nadie, es que D. Liborio era el más perfecto caso de raquitis.

Apenas tenía su cuerpo la semejanza de la figura humana. Era tan chico de estatura como de inteligencia. Lo físico y lo moral en síntesis armónica. De un orangután á D. Liborio no había más que un peldaño de la escala antropológica. Tenía, en suma, Rabadilla, la menor cantidad de juez, la menor cantidad de abogado y la menor cantidad de hombre.

Todo en él corría parejas. En su carita microscópica, sombreada por el vello blanquizco de la barba, veíanse los rasgos fisonómicos del liliputiense. Su tez apergaminada, sus angulosas facciones, aquellas cuencas óseas en que saltaban unos ojillos negros, festoneados por la casi imperceptible veta sanguinolenta de sus párpados, le daban el aspecto de uno de esos fenómenos en que la Naturaleza pone surcos de longevidad en el rostro de un chicuelo.

Era una delicia verle en el ejercicio de sus funciones. Sentado en patriarcal sillón, bajo dosel adamascado, me parecía un perrillo de lanas vestido de persona decente.

¡Cuántas veces fuí testigo, en su despacho, de escenas acentuadamente cómicas!...

Entraba un escribiente y le decía:

—Señor, aquí piden el procesamiento de tal ó cual funcionario por una prisión arbitraria.

Y el juez, sin enterarse, pero con tono solemne y grave, respondía:

—¡Hágase!

—Vea V. S. que se trata de...

—¡Hágase he dicho!

Y entraba otro curial influyente por razones de orden conocido, y le informaba de este modo:

—Habrá que numerar como causa estas diligencias instruídas por lesiones. Ha transcurrido con exceso el plazo legal y no importa la falta del dictamen facultativo. Procede elevar *esto* á proceso.

—¡Elévese y numérese!

Y al momento entraba otro picapleitos y le decía:

—Señor juez, trátase aquí de tal ó cual cosa. El fiscal pide el sobreseimiento; pero entiendo que sería mejor dictar auto de prisión contra Fulano y proceder al embargo preventivo...

—¡Díctese!... ¡Cúmplase!...

Todo esto con la energía de expresión á que se prestaba la atiplada vocecilla de D. Liborio.

Pero al otro día, cuando el auto comenzaba á producir sus efectos, se presentaba un amigo de la víctima, un pariente, un extraño, cualquiera que fuese, y le decía:

—Señor juez, en este asunto se ha cometido un error, un acto de vandalismo, una verdadera tropelía, una transgresión de ley, y aquí traigo un escrito de protesta...

Y D. Liborio, levantándose y con la mayor frescura, contestaba:

—¡Tate!... ¡Pues tiene razón! ¿Sabe usted que hemos hecho una barbaridad?...

Y acto continuo, descargaba una lluvia de increpaciones contra los conseje-

ros áulicos que habían dado cumplimiento á los mandatos inconscientes de su señoría.

Pero como alguno de ellos se permitiese hacer observaciones sobre el particular, cambiaba el juez la casaca, y revolviéndose contra el querellante, le decía:

—¡Tate! ¿Pues sabe usted que no hemos hecho ninguna barbaridad?...

Y así capeaba D. Liborio sus asuntos, siendo de la opinión del último que le hablase, pero sin que alguna vez se tomara la molestia de consultar un texto, ni de revisar unas diligencias procesales.

Había que aplicarle aquella redondilla:

«Dijo uno:—Pese á quien pese,
yo soy de ese parecer.
Dijo otro:—No puede ser.
Y él dijo:—También soy de ese.»

En sus relaciones con las demás oficinas del Estado, tenía D. Liborio detalles de primer orden.

Gobernaba la provincia un brigadier de

mucho carácter y de grandes condiciones de mando. Vaya, un buen gobernador en toda la extensión de la palabra.

Yo no sé con qué motivo, pidieron al brigadier informe reservado acerca de la conducta de D. Liborio.

Bastaba que la noticia fuese reservada, para que al momento cundiera por la localidad. Rabadilla hubo de enterarse de que el gobernador había dicho en el informe cosas estupendas.

Don Liborio tuvo en aquella ocasión un rasgo de energía. Una tarde, á la hora de la siesta, porque este hombre era inoportuno hasta para eso, presentóse en el gobierno á enterarse de lo ocurrido.

Entre las autoridades gubernativa y judicial, medió el diálogo siguiente:

—Hombre, he sabido que usted ha informado mal acerca de mí.

—Con efecto, aquí tengo el borrador.

—¿Podría conocerle?...

—No hay inconveniente. Dice así: «No puedo asegurar á V. E. que D. Liborio Rabadilla sea un hombre capaz de grandes

inmoralidades; pero comete bajezas impropias de su investidura, como la de no pagar á la lavandera, ni al sastre, ni al zapatero; amén de que pretende que se le suministre de zacate y de hortalizas bajo iguales condiciones, etc., etc.»

¿Ustedes se hubieran escandalizado ante semejantes crudezas?

Es indudable.

Pues bien, D. Liborio, satisfecho de las complacencias del brigadier, levantóse sonriente, y alargando la mano á su interlocutor, le dijo:

—¡Vaya, pues tantas gracias! Me retiro.

Y salió hacia su casa, zarandeando tan tranquilo su amojamada personita.

Pero el asunto no terminó así. Al día siguiente, cuando el brigadier salió á dar su acostumbrado paseo, observó que alguien hacía seña á su cochero para que parase el carruaje. Al ver á D. Liborio, que, con tan vivo interés, demandaba la atención del gobernador en aquellos instantes, detúvose éste un poquillo receloso.

Acercóse precipitadamente el cuitado



y dijo al brigadier con muchísimo sigilo:

—¡Puede usted decir á su excelencia que ya está arreglado todo aquello!...

Y siguió imperturbable su camino.

Averiguado qué era *aquello*, resultó que el bueno de D. Liborio había entrado franca y resueltamente en el camino de la rectitud.

Desde aquel día habíase propuesto pagar religiosamente á todos sus servidores.

La primera vez que se veía á D. Liborio bastaba para quedar convencido de que el pobre señor había llegado al último grado de la chifladura.

Tenía la costumbre de acicalarse mucho, y usaba con frecuencia el traje de rigorosa etiqueta,

Para visitar á un bago, ya se sabía: frac, medalla, bastón y demás zarandajas anejas al cargo.

Y con todos los recién llegados al país, sostenía estos ó parecidos diálogos:

—¿Conque usted se llama López y Rodríguez?...

—Sí—contestaba el interpelado.

—¡Hombre, hombre, hombre! Pues usted debe de ser pariente de un tal López que yo conocí en Vitigudino.

—No, señor. Jamás he tenido parientes en ese pueblo.

—¿No es usted, por ventura, de la provincia de Salamanca?...

—Sí; pero esos López de Vitigudino, que usted conoce, no pertenecen á mi familia. Deben de ser otros López...

—¡Pues mire usted lo que son las cosas! Cuando me dijeron que era usted de *por allí*, francamente, me alegré, pensando que usted sería pariente de ese caballero. ¡Ah! ¡Ese López es un gran amigo mío! *Por cierto* que yo le defendí en un pleito que sostuvo con su cuñado, hermano de un farmacéutico que se casó con la hija del escribano, que era pariente de un concejal que también pertenecía á la familia de López por parte de una tía suya que era prima de un oficial de Secretaría del Ministe-

rio de la Gobernación; y *por cierto* que hice un escrito de alzada ante el Supremo, y después pronuncié un discurso que empezaba así:—¡Poderoso señor!...

Y D. Liborio desataba su elocuencia forense, haciendo alarde de una memoria prodigiosa, hasta que la víctima de sus arrebatos exclamaba, llena de asombro:

—¡Qué memo... rión!...

Con esto quedaba convencido el nuevo funcionario de que la justicia de aquellos felices pueblos andaba en manos inexpertas.

La chifladura de este pobre hombre no tenía remedio.

Vean ustedes, si no, una nueva hazaña de D. Liborio.

Con motivo de fausto acontecimiento, hubo una recepción en la casa-gobierno. Con este objeto el gobernador invitó á todos los funcionarios para las ocho de la mañana.

Llegó el día señalado, y D. Liborio, lleno de cruces y veneras, presentóse á las

siete en la residencia oficial del brigadier, acompañado de dos escribientes con sus trajes de etiqueta: chaquetilla corta y camisa por fuera del pantalón.

Hízose anunciar el juez al gobernador; y éste, creyendo que algo grave ocurría cuando á hora tan intempestiva se presentaba D. Liborio, mandóle pasar á su cuarto.



Y entró don Liborio acompañado de sus testigos.

Al ver *aquello*, el brigadier, que se hallaba á medio vestir, exclamó lleno de indignación:

—¿Qué le ocurre al Juzgado?

—Nada, que venimos á la recepción. Como al poder judicial se le recibe media hora antes, he creído conveniente tomar la delantera.

—No, hombre, no. Es sólo la Audiencia la que tiene esa prerrogativa.

Y luego, encarándose con los de la camisa por fuera, añadió:

—Y estos individuos, ¿qué hacen aquí?

—Vienen conmigo á esta solemnidad.

—Bueno, bueno; pues que se vayan á la cocina con los *batas*.

Y D. Liborio, con paternal afecto, dijo á sus acompañantes:

—Id á la cocina, hijos míos, que lo manda el señor gobernador.

En fin, sería interminable tarea eso de relatar genialidades de aquel juez.

¡Era mucho hombre D. Liborio!

En otra ocasión fué invitado Rabadilla para asistir á un *Tedéum*.

Pero D. Liborio, molestado por una pertinaz dolencia, se excusó en carta dirigida al gobernador; carta que, en su parte más substanciosa, decía así:

«Siento de todo corazón no poder asistir al acto solemne á que usted tiene la bon-

dad de invitarme. Un reuma que padezco en los remos inferiores, me priva del gusto que tendría de dar nueva muestra de mi amor á la dinastía borbónica y de mis sentimientos Católico-Apostólico-Romanos...»

El gobernador envió la epístola al médico titular para que informase acerca de la enfermedad del juez.

Pero el médico, siempre escrupuloso en las cuestiones de competencia, devolvió inmediatamente el documento, manifestando que, tratándose de *remos*, sería conveniente pasar el asunto á informe del señor Capitán del puerto.

No se supo lo que, en su alta sabiduría, aconsejó la autoridad marítima del distrito.

La última chifladura que le conocí quedó estampada con caracteres inmortales.

Quiso, sin duda, dejarnos memoria eterna de su paso el que, durante un par de años, había sido el regocijo de la colonia peninsular, la cabeza de turco de los aficio-

nados á bromas de todo género, y al marcharse de la provincia envió á sus numerosos amigos la siguiente tarjeta:

Liborio Rabadilla,

Promotor fiscal que fué de Basa-basa, ex juez de Uli-uli y Poto-poto, actual de Tira-tira y electo de Ganga-ganga,

Se despide.

¡Pobre señor de Rabadilla!...

¿Qué habrá sido de aquel desdichado?

Yo ya me figuro dónde será probable que esté.

¡En algún manicomio!...



LOS MUSIQUEROS



LOS MUSIQUEROS

—

(PERFILES EN SÍ BEMOL)

En ningún país como en aquel bienaventurado Archipiélago magallánico, adquieren tanto desarrollo los plátanos y los violinistas.

La generación actual despunta por sus aficiones musicales.

En Filipinas hay muchos brazos dedicados al honesto manejo del arco del violín, y muy pocos á las faenas del campo.

Así anda el país; tan perdido como aquellos músicos callejeros.

Ello es que cada día se dan á luz muchos jóvenes apreciables, con tanta vocación y tan decididas inclinaciones por la música, que se pasan las doce horas laborables del día y parte de la noche, molestando al vecindario pacífico con las notas alegres y las melancolías sublimes del instrumento de Paganini.

Pero hay que confesar una gran verdad: los músicos de allá no han conseguido todavía sacar al divino arte del período de la infancia.

Si como tienen persistencia y tenacidad aquellos chicos, tuvieran un poco de estética y sentimiento, entre tantos concertistas domésticos que no nos dejaban dormir la siesta, saldría alguno que eclipsara la gloria de los grandes maestros.

Conozco musiquillos de tan distintas clases y aptitudes, aun dentro de una misma ralea, que no me sorprende que sirvan á un tiempo como escribientes, cocineros, cocheros y especialistas en el cultivo del violín, sin perjuicio de tocar también la guitarra y el órgano de la iglesia.

Esto constituye una verdadera anarquía en la repartición del trabajo.

Verdad que el arte es tan hospitalario, que acoge á todo el mundo sin exigir patente alguna á esos perturbadores de la armonía popular.

Gracias que, si bien son muchos los que entran de momio en el sagrado templo, son muy pocos los que llegan á oficiar de pontifical.

Hé aquí los distintos ejemplares de musiqueros filipinos á quienes he observado en sus característicos detalles.

Los hay que tocan de oído y por afición, llevando el compás con el dedo gordo del pie izquierdo.

Otros que dan expresión á la melodía estirando el pabellón de una oreja ó poniendo los ojos en blanco.

Algunos que rascan con el arco las delicadas cuerdas, produciendo estridentes sonidos, sin hacer caso de las advertencias del pentagrama.

Y los hay tan incansables, que repiten cien veces las partes de que consta la pie-

za, hasta que se les mete una mosca en el oído ó se les ocurre echar mano y darse un repaso de uñas por las nalgas.

En los intermedios suelen emplear su ocio en deshollinarse las narices á dedo.

Entre los musiqueros hay alguno que descuella por sus acometividades organizadoras. Reune unos cuantos jóvenes del oficio y, como es natural, organiza una orquesta, que se compone, generalmente, de cuatro violines, una guitarra de sonoras cuerdas metálicas, un bombardino, un fagot, un cornetín de cinco llaves, unos platillos y un bombo.

Y con estos elementos se lanzan por aquellas calles á dar serenatas al pacífico vecindario, que los escucha con cierto regocijo, al ver cómo adelantan los muchachos en tan poco tiempo.

Por lo general, el que lleva el bombo es quien hace las veces de director.

Ó le cede el puesto, como más inteligente, al primer violín concertino. El director avisa, hace la señal levantando la cabeza, y da la entrada, haciendo una cortesía y

moviendo una de las extremidades al natural.

Y entonan el paso doble *Miss Leona* que no lo conocería, de seguro, ni el ingenio que lo parió.

Y sin tomar alien-



tos, arremeten con la jota de los *Ratas* ó la melodía titulada *El piritiplín,* original de algún *lalaque* enamorado.

También hay otras colectividades artís-

ticas que se dedican á dar serenatas á las jóvenes indígenas.

Pero ¡ah! entonces nos librábamos de los instrumentos de viento, que eran ventajosamente sustituídos por un coro de pisaverdes, que cantaban ternísimas endechas en el dialecto local.

En casi todas las viviendas filipinas encontraréis guitarra, violín y arpa antes que la mesa del comedor.

Este es un síntoma del aprecio en que se tiene la música, y la indiferencia con que se miran allí las prosaicas necesidades de la materia.

Dedicarse en aquellos pueblos infantiles á hacer visitas por espíritu de observación, es el medio más seguro de encontrar elementos bastantes para maldecir las melodías y odiar la música con los cinco sentidos.

Es una verdadera calamidad.

Dicen los *dilettanti* que el arte, en sus inimitables armonías, es el vehículo que nos transporta á las regiones de lo infinito.

Vayan ustedes á Filipinas, y se convencerán de que ese vehículo les transportaría derechitos al infierno y á la desesperación.

Tenía yo una vecindad tan entusiasta por los sonidos, que no cesaba de darme murga, causando el martirio de mi mujer, que tuvo la desgracia de sufrir horribles jaquecas desde que llegamos á aquel dichoso pueblecillo.

Con frecuencia mi cara mitad solía decirme:

—Pero, hombre, ¿cuándo acabará ese guitarrista con tan invariable y monótono sonsonete?

—Calla, mujer, eso es que hace los primeros ejercicios.

—¡Lástima de sarna que le arrancara las uñas!...

—No seas maldiciente, Perpetua mía.

—Tienes razón. No sé lo que digo; dispensa.

Y la pobre transigía con el guitarrista.

—¡Calla, pues ahora empieza el del piporro!... ¡Esto no lo aguanto! ¡Vámonos!...

—Pero, ¿adónde, hija mía?...

—Á casa de las de Tabardillo. Al menos pasaremos un par de horas libres de esa sinfonía del infierno.

Y con efecto, íbamos á casa de esta buena familia y la encontrábamos dada á los diablos con otro vecinito que había despuntado recientemente por la afición al piano, y les martirizaba durante las siestas con escalas, arpegios y vocalizaciones.

Pero había que resignarse.

Y transigí con la música como pudiera transigir con la viruela cualquier ciudadano injerto en vacuno mayor.

Y para que vean ustedes si estaba resignado, allá va la prueba.

Una de aquellas bochornosas tardes invitóme un amigo de la localidad á oir á tres jóvenes, hijos del «interfecto», que le habían resultado músicos.

Lleno de resignación, acepté tan cariñosa deferencia. Pero el enemigo salióme al encuentro antes de que me llegara la hora del dolor. Una comparsa de seis ú ocho

fariseos había improvisado una orquesta sin instrumentos.

—¿Cómo sin instrumentos?—me dirán ustedes.

Pues sí, señor, sin instrumentos. Tocaban, y tocaban bastante bien, con hojas de un árbol con que se imitan perfectamente todos los sonidos musicales.

Al ver «aquello» no pude menos de conmoverme, pensando en el porvenir de los fabricantes de instrumentos musicales.

Las hojas al natural están destinadas á producir una verdadera revolución en el arte.

Por fortuna nuestra, aun no hay motivo serio de grandes alarmas: no tienen los filipinos hojas que disputen con ventaja á los actuales medios el imperio de lo futuro.

Y para muestra basta un botón.

Y conste que es un botón histórico.

En cierta ocasión hubo de celebrarse en un pueblo de mi ínsula una subasta de los bienes embargados á unos infelices que debían no sé qué cosa á la Hacienda pública. Entre esos bienes había efectos úti-

les y de inmediatas aplicaciones; pero había también ¡cuatro instrumentos de música!

Llegó el momento de la subasta, y no hubo más que un postor... ¡El de los instrumentos! Ofrece el tipo de tasación, pero hay otro que puja; el primero aprieta, un tercero sobrepuja, y, por fin, se adjudican los codiciados instrumentos á un precio tres veces mayor que el fijado por los tasadores, quedando sementeras, carabaos y todo lo demás, sin alma bendita que ofreciera por ello un maravedí.

Si esto no es un síntoma elocuente de mi tesis, venga Camps y dígalo.

Pero no quiero detenerme en tales consideraciones, y prosigo mi cuento.

Subí resignado al *bahay* del amigo Ciriaco, sin poderme deshacer de mi natural temor.

—¿«Cosa»? — interrogué al bondadoso amigo que salió á recibirme.

—Nada, señor. Pase, venga el sombrero, y tome una copita.

—Gracias: no me permito esos lujos.

Y no hice más que revolverme, y me encontré de manos á boca con un arpa de colosales dimensiones.

—Conque vamos á tener música, ¿eh?

—Habrá música, señor — contestóme sonriente el padre de



aquellas artísticas criaturas.

—¿Y estos simpáticos jóvenes son los que cantan y tocan?...

—Sí, señor.

—¿Y llevan el compás, por supuesto?...

—¡También, señor!

—¡Ay, qué primor! Pues venga de ahí.

Y me senté.

Á poco desfilaron ante mí, una joven macilenta, con la mirada fija en el suelo, como tímida colegiala, y luego tres zánganos de colmena, que, por lo visto, no habían aprendido más que á mal tañer la vihuela, en previsión de las contingencias del porvenir.

Y empezó el improvisado concierto vocal é instrumental.

La niña tomó asiento, colocóse el arpa convenientemente, y comenzó á templar las estiradas cuerdas del monumental instrumento. Cuando todo quedó á satisfacción de la arpista, dejó caer ésta perezosamente la cabeza sobre el desnudo hombro derecho y... tocó una pieza con aire de mazurka. Volvió á templar, y me obsequió con una melodía sentimental, amenizada con frecuentes tropezones; melodía de la que quedé muy malparado.

Pero debí aplaudir. Es un acto de cortesía que se debe siempre á la dignidad del sexo. Ciriaco agradecióme el aplau-

so, y me dijo con aire de vanidosa alegría:

—Este canta, y este toca y canta también — dirigiéndose á los niños más talludos.

—Pues vamos á ver. Les escucho con religioso silencio.

Y, con efecto; agrupáronse la niña y sus dos hermanitos, uno de éstos provisto de guitarra; volvieron á afinar los instrumentos, y entonaron, *sotto voce,* casi encendidos de rubor, el dúo de *Monomanía musical,* representando el chico mayor á Fernández y Colmenar, y el otro, de voz más atiplada, á Candidito Flor de Lis,

el muchacho más bonito
que nació en Valladolid.

Ya no quise oir más. Ciriaco se empeñaba en que conociera las habilidades de su hijo menor, que imitaba á maravilla la voz de algunos animales; pero yo renuncié movido de fuerza mayor.

El concierto habíame desconcertado de tal manera, que me sentí muy malo, y salí de la artística morada firmemente decidi-

do á no aceptar nuevas invitaciones de aquella agradable y bondadosa familia.

Yo no sé á punto fijo el origen de mi repentina indisposición.

Ignoro si la causa estaba en las melodías de los hijos del buen Ciriaco, ó en el espectáculo que presentó á mis ojos un chi-



cuelo que, recostado sobre las faldas maternas, me enseñaba, *par derrière,* su camisita adornada con pajizas constelaciones.

Yo creo que fué lo uno y lo otro.



LOS HOMBRES DE CORCHO



LOS HOMBRES DE CORCHO

(PERFILES DE UN TEMPERAMENTO)

ACÍAN Gertrudis y D. Fermín un matrimonio digno de figurar entre las miserias conyugales de Balzac.

Era ella una jamona que frisaba en los cuarenta y cinco años. Nació bajo la sombra de las palmeras, los bambúes y los co-

coteros cubanos, y había pasado la dulce primavera de la vida columpiándose en la hamaca, al suave arrullo del abanico de plumas silvestres, perezosamente agitado por una «neguita» del Camagüey.

Tenía Tulita—que así continuaba haciéndose llamar por sus amigos—el tipo de las mujeres del Norte y la indolencia peculiar de las razas tropicales.



Bien es verdad que su rostro no conservaba sino ligeros vestigios de la juvenil hermosura sonriente, pues no pasan en balde los años, y mucho menos cuando en el lapso de la vida se atropellan las sensaciones voluptuosas en abigarrado amontonamiento.

El cutis de Tulita había perdido su frescura y su color, más bien por el amasijo

de líquidos y pomadas, que por las sales corrosivas de las lágrimas. En cada arruga de la cara veíase una amarga decepción de la vanidad femenil. La pobre Tulita no había podido rechazar victoriosamente las injurias del tiempo.

En sus enrojecidos párpados apenas quedaba una reminiscencia de sus pestañas rubias. Sus ojos azules, recargados de vetillas sanguinolentas, habían perdido el brillo, que constituía su principal encanto; y en su blonda cabellera asomaban á lo mejor las indiscretas canas que habían podido eludir los tijeretazos de la doncella ó los ficticios amaños de la tintura.

Pero no era todo eso, con ser lo bastante para mortificar la presunción de una mujer coqueta, lo que mayor indignación ocasionaba á la pobre señora: su exagerada obesidad ponía en tensión constante sus agitados nervios, porque la exuberancia de miembros y el abultamiento de la región abdominal, hicieron imposible la flexibilidad y esbeltez de la cintura; y su cuerpo, desprovisto de la línea curva, que

es la línea de la belleza, parecía una masa informe de carnes palpitantes.

Era, en suma, Tulita, con diminutivo y todo, una de esas mujeres que alimentan sus pretensiones ridículas del presente con los recuerdos felices del pasado.

En cuanto á D. Fermín, su marido, hé aquí lo que puede decirse como resumen de su historia: fué un galanteador de lo más fino, brillante oficial de nuestro Ejército, y una especie de caballero andante que había regocijado su juventud con mil aventuras amorosas. Apremiado por una legión de acreedores, fué á buscar en las Antillas un paréntesis de aquella vida cortesana, en que había disipado la mayor parte de su fortuna.



Allí conoció á Tulita y allí la hizo su mujer.

Cuando regresaron de Cuba, él se entregó á los inextinguibles ocios de la corte; ella, al galanteo de los salones aristocráticos.

Vivían Tula y D. Fermín sin amarse ni odiarse; *en bon camarade,* que dirían los franceses. Él aburrido de ella y ella aburrida de él.

Y como en aquel hogar no había hecho su risueño nido el amor, pasadas que fueron las primeras alegrías del matrimonio, vino el hastío de la vida conyugal, para que, como dijo Campoamor, fuera

... más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.

Conocí la historia de este original matrimonio por boca de Tulita, cuando las mudanzas de la fortuna les empujaron á aquel bienaventurado país: á él, para mandar un regimiento; á ella, para regocijo de los que admiramos á las mujeres ingeniosas.

Hé aquí un rasgo de Tulita:

En cierta ocasión hubo de visitarla un hermano con quien no sostenía muy cordiales relaciones; y como Tula no se encontrase en casa, dijo el visitante con algún desabrimiento á los criados:

—Cuando venga la señora, anúncienla ustedes que ha estado á visitarla su hermano el barón...

Cumplido el encargo con fidelidad, fuése Tula algo amostazada á casa del barón. Al saber que no estaba allí, dejó para él este recado:

—Cuando llegue el señor, díganle que ha estado aquí su hermana la «hembra».

Este detalle constituye la norma de la existencia de Tulita.

Al decir de las señoras que componían la colonia europea de la provincia, Tulita había ido á perturbar la buena armonía que reinaba entre todas las familias.

Porque esta mujer, aunque vieja y gordinflona, merecía las preferencias de los muchachos. Ninguno dejaba de asistir los

miércoles y sábados á las reuniones de confianza y á los tresillos de la coronela.

Y, es claro; Tulita era una perturbación.

Sobre todo, para las familias con niñas cursis en estado de merecer.

Tulita había hecho conquistas de primer orden.

Y aun las continuaba haciendo entre los jóvenes de buenas tragaderas.

Sólo había encontrado una resistencia invencible en sus postrimeras aventuras.

Y á este héroe le llamaba ella «el hombre de corcho».

¡Qué otro calificativo podía merecer el insensato que respondió con la indiferencia á las insinuantes excitaciones de Tulita!...

Y se comprende.

Una mujer galante y vanidosa, como ella, muere sin confesarse vencida. Cuando se miraba al espejo, aun se encontraba hermosa; aun creía tener atractivos suficientes para rendir corazones á porfía.

Pero «el hombre de corcho» le hizo sufrir la primera decepción; la había inferido

el único ultraje que una mujer no perdona nunca: la había creído un vejestorio.

¡Qué horror!...

¿Cuándo tendrán las mujeres conciencia exacta de su valer?...

Nunca.

¿Cuándo creerán impotente el reinado de su hermosura?

Jamás.

¡Bien claro lo había demostrado Tulita, que era mujer de muchísimo talento!

No hay espejos confidentes que borren las ilusiones del corazón femenino.

Es necesario que haya un «hombre de corcho» que lo diga.

Y, sobre todo, que lo demuestre.

Ahí está Tulita que no me dejará mentir.

Como visita de confianza que era yo de tan original matrimonio, ocasiones tuve de sobra para comprender las exageraciones á que se presta el hastío conyugal.

En una de las confidencias que tuve con la coronela, entretúvome con un álbum de

fotografías en que había reunido una colección escogida de muchachos elegantes, todos amigos de Tulita.

Era su álbum íntimo: la personificación de los venturosos recuerdos del pasado; una sucesión interminable de galanteadores impenitentes.



Cada uno tenía su historia especial en el corazón de Tulita.

Había, sin embargo, allí otro «hombre de corcho» que acaso Tulita no llegó á comprender.

En presencia de aquel retrato, fijó una mirada sonriente la coronela, y me dijo:

—Este es Roberto Wahisk, un distinguido joven agregado á la Embajada británica en Madrid.

—Es un tipo elegante—contesté.

—¡Oh! ¡ideal!... Es lo que se llama un hombre guapo. Pero era un temperamento glacial, marmóreo, inalterable. ¿Sabe usted por qué no le he uncido al carro de mis victorias?...

—¿Por qué?

—Porque no me dió la gana.

Pero al decir esto se adivinaba en el semblante de la coronela una mezcla de altivez y despecho.

El amor propio en lucha con los instintos de la bestia humana, que diría Zola.

¿Habría comprendido Tulita que Roberto Wahisk era también para ella un «hombre de corcho»?

¡Quién sabe!

Hay ocasiones en que el corazón de la mujer es un abismo impenetrable.

En las intimidades de aquel hogar tranquilo es donde podían comprenderse las grandes aberraciones del sentimiento.

Jamás sintió D. Fermín el aguijón de los celos, á pesar de los extravíos de su mujer. Digo más; no se revolvía contra lo que llegaba á la superficie.

¡Pobre Lázaro, que ni siquiera oía la voz amiga que le invitaba á levantarse de la miseria!

Arrellanado en su mecedora de bejuco, leyendo ó contemplando las caprichosas espirales del humo de su cigarro, se abstraía por entero en su senil imbecilidad, mirando con filosófico desprecio todo cuanto ocurría á su alrededor.

Dijérase que aquel hombre, hastiado de los placeres del mundo, había llegado al último grado del embrutecimiento. Apagadas las postreras energías de la voluntad, envejecido y enervado, vivía como un cuerpo sin alma, sin esos dinamismos psíquicos que hacen de la dignidad humana un aparato eléctrico que nos agita, á veces, en convulsiones nerviosas.

Aquel hombre era una momia viviente.

Por eso aseguraba Tulita que había encontrado su media naranja.

Eran el uno digno del otro.

Dios ha hecho la despreocupación de los hombres para los pecados de las mujeres.

Tulita y D. Fermín apenas hablaban.

El *spleen* era la nota característica del hogar.

Hé ahí por qué Tulita buscaba sus expansiones con los amigos.

Pero, á veces, cuando el aburrimiento llegaba á entristecerla, solía romper el silencio con estas ó parecidas preguntas:

—Dime, Fermín, ¿cómo acabaron tus amoríos con la francesa?

—¿Qué francesa, mujer?...

—La bailarina. ¿No te acuerdas?...

—¡Psch! Como acabaron todos: por cansancio y porque resultaba carísima.

—¿Y los de la marquesa?

—¡Vaya, vaya!... No me hables de espantajos. Déjame leer...

Todo con la mayor naturalidad.

Eran éstas sus únicas expansiones matrimoniales.

Vivían de los recuerdos.

Y lo peor era que D. Fermín pensaba de su mujer lo mismo que de la marquesa.

Pero Tulita no se enteraba.

¡Pobre Tulita!...

Ni siquiera había comprendido que don Fermín era también para ella un «hombre de corcho».



EL CORREO

Y LAS NOTICIAS



EL CORREO Y LAS NOTICIAS

RA un encanto en Filipinas la vida de provincia!...

Con aquel infernal servicio de Correos, estábamos como en las Batuecas.

Aislado de la culta capital, donde, á bien poca costa, podia cualquier vecino modesto vestir con elegancia, pasear en vehículo propio y leer en la prensa noticias interesantes de las cinco partes del globo, aseguro á ustedes que, á no ser yo un gran

aficionado á la lectura de periódicos y al trato de la buena sociedad, hubiera vivido en mi ínsula como en el mejor de los mundos imaginables.

Después de quince mortales días, en que me veía privado de saborear las primicias del reporterismo manilense, llegaba la noticia de que había fondeado en el vecino puerto de Matabuyo un vapor que traía correspondencia de Manila.

¡Gracias sean dadas al tráfico del arroz, que motivaba aquellos viajecitos extraordinarios!...

Excuso decir á ustedes que, al saber tal novedad, me temblaban las carnes de emoción.

Al instante ponía en movimiento á toda mi servidumbre.

—A ver, tú, Simplicio; vé á Correos y pregunta si llegó ya el *Camiguín* á Matabuyo.

Y el muchacho salía corriendo para que yo viera desde mi ventana la presteza con que cumplía mis encargos.

Cuando Simplicio comprendía que ya le

había perdido de vista, cesaba en su trote cochinero, caminaba á su paso normal, que era de suyo bastante corto, y, si venía á mano, hacía una paradita en un tenducho de «sari-sari», ó se quedaba en cuclillas mirando á los chicuelos que jugaban á la «tanga».

Pero al fin, llegaba á Correos; preguntaba en su jerga especial si había fondeado el deseado vapor, y, con la respuesta afirmativa, emprendía su regreso al hogar, previas las detenciones y descansos de costumbre.

La impaciencia me asaltaba de nuevo. Miraba la esfera de mi reloj, que marcaba, por ejemplo, las tres de la tarde; echaba mis cuentas, y decía:

—¡Las tres!... Hay dos leguas de distancia entre Matabuyo y la Cabecera. Nada; á las seis, bien pueden estar aquí mis cartas y periódicos.

Intentaba descansar una siesta de media hora para entretener mi tiempo; pero... ¡era imposible!... La emoción no me dejaba conciliar el sueño.

Entonces iba á casa de mi vecino el famoso y alegre Ciriaco, para que su hija me obsequiase con unos cuantos solos de arpa y alguna cancioncilla picaresca. Así llegaba la hora señalada. Mandaba enganchar el carruaje—porque allí seremos pobres, eso sí, pero no nos privamos de ese lujo,—me vestía, y gritaba á mi cochero:

—¡A Correos volando!

Al preguntar con interés por la suspirada correspondencia,

—¡Aun no ha llegado!—me contestaba en seco el oficial de servicio.

Ante esta horrible decepción, sufría un desvanecimiento y me dejaba caer desplomado en los brazos de mi interlocutor.

Volvía en mí, después de beber un sorbo de agua ó una copa de *coñac*, si me la ofrecían, y salía de la oficina como un desesperado, diciendo:

—¡Esto es horrible!... ¡Quedarme yo sin cartas y periódicos esta noche!... ¡Qué país, Dios santo, qué país!...

Al verme entrar en casa, triste y cabizbajo, mi pobre mujer, asustada con las noti-

cias telegráficas del cólera, me preguntaba:

—¿Qué ocurre? ¡Vamos, habla pronto! ¿Se ha muerto algún individuo de la familia?...

—No, hija mía, tranquilízate. ¡Aun no ha llegado el carro de la correspondencia!...

—Pero ¿es posible?...

—Y tan posible. Ya lo ves.

Pasaban dos horas, mandaba otro recado á Correos, y... nada. La correspondencia no parecía.

Al día siguiente, cuando todos creíamos que las cartas habían desaparecido entre el fango de la calzada, llegaba el carretón á paso de tortuga.

La noticia corría por todo el pueblo con la velocidad del rayo.

—¡Albricias!—exclamaba yo con entusiasmo!—Ya tenemos «eso» ahí.

Y sin perder minuto, añadía:

—Voy á ver. ¡Eustaquio!...

—¡Señor!

—¡Engancha á escape!

Y me dirigía á la Administración, seguro de encontrar lo apetecido.

Con efecto, ya había comenzado la distribución. Metía la mano en mi apartado, y recogía una carta y tres paquetes de periódicos.

—¡Cochero, á casa!...

En el trayecto rompía el sobre con marcada impaciencia. La carta era de un «inglés» que me venía recordando cierto piquillo pendiente.

Y yo, con la natural pesadumbre, exclamaba:

—Pero ¿es posible que para recibir tan desagradables noticias me impaciente de este modo?

Y lleno de indignación hacía añicos la epístola del «inglés» para que mi Perpetua no se enterase de ciertas debilidades.

Al llegar á mi domicilio, me arrellanaba cómodamente en una perezosa de bejuco, y la emprendía con los periódicos.

Leía con ansiedad los epígrafes de la sección local: «En el Filipino... Imagen... Aprehensiones... Fiesta... Radicación... Ratas... Menudencias... ¡Esos carretones!... Música...» Vaya; lo de siempre...

Así pasaba por alto algunas columnas del género soso.

Continuaba leyendo con verdadera fruición.—«Pésame». ¿Quién se habrá muerto?... Veamos:

«La señorita doña Caralampia Espiritutuo ha tenido la desgracia de recibir la triste nueva del fallecimiento de su tío D. Pantaleón Repollo, juez de sementeras del pueblo de Guagua, (Pampanga).

Nos asociamos á su natural dolor.»

Y seguía leyendo:

«Con verdadera satisfacción anunciamos que nuestro distinguido amigo el Sr. González se ha inscrito en la lista de abonados al teléfono.

Bien dijimos que la Empresa prosperaría. Ya son veintisiete los abonados, y se confía en un aumento considerable.

¡No podía esperarse otra cosa de este culto vecindario, tan amante de los progresos de la ciencia!»

Á continuación me tragaba este manojito de interesantes noticias:

«Según nos escriben de Pandacan, el jo-

ven médico D. Cirilo Tampipi, que tan brillantes ejercicios ha hecho en esta Universidad, acaba de extirpar un ojo de gallo al rico hacendado de aquel pueblo D. Policarpo Cagampang, habiendo mostrado gran pericia en esta difícil operación, así como también en la que practicó días pasados en la persona de un *zacatero* que tenía sobrehuesos en ambas corvas.

Felicitamos al joven Tampipi por sus prematuros éxitos en la Cirugía, para la que tan felices disposiciones viene demostrando.»

«Por causa del mal estado en que se encuentran las aceras, ayer sufrió una luxación en el pie izquierdo el conocido escribiente de la Contaduría Central D. Cipriano García. Este accidente le privará de asistir á la oficina en algún tiempo.

Tendremos á nuestros lectores al corriente del curso de la luxación, que, por fortuna, no reviste caracteres alarmantes.»

«En secreto nos dice una persona que nos merece entero crédito, que los distinguidos señores de Taleguilla piensan obsequiar á sus íntimos con una *soirée* de

confianza, en celebración de los brillantes exámenes que acaba de hacer uno de sus hijos.

También en secreto nos dicen que se bailará.

Conque... á divertirse.»

«Por la mala intermedia llegará un individuo del coro para reforzar la compañía Balzofiore.

Así se decía anoche en los altos círculos.

Buena falta hace.»

«Mañana habrá tiro de pichón extraordinario en el pintoresco sitio de Nactajan, al que asistirán los Excmos. Sres. Dorbete y Fola (1).

Se soltarán y matarán ochenta palomas.

¡Ah!... y habrá *gaudeamus*.»

«En la parroquia de Binondo se efectuaron ayer cuatro matrimonios de naturales.

Parece que la afición á Himeneo cunde entre los jóvenes indígenas.

---

(1) Estos señores, que están siempre en escena, suelen ser personajes importantes de la burocracia en ejercicio. Después, nadie los nombra ni se acuerda de ellos para nada.

Así, así, hijos míos: *crescite et multiplicamini*, dice un libro santo.»

«Promete estar animadísima la fiesta de Antipolo. Este año habrá música, fuegos artificiales y luz eléctrica.»

«Como verán nuestros lectores por el cablegrama que en otro lugar insertamos, pronto se embarcará para estas islas el conocido empleado D. Cucufate Rinconete, que tantas simpatías tiene entre esta sociedad por sus relevantes prendas de carácter.

También nos dice nuestro activo corresponsal, que ha sido nombrado oficial quinto de la Dirección Civil el conocido joven taurófilo D. Ricardo Pérez.

Con tal motivo, la Sociedad Hípico-Taurina le prepara un cariñoso recibimiento.»

«Por causa del mal tiempo no ha podido llevarse á cabo la proyectada expedición de los Excmos. Sres. Fola y Dorbete al vecino pueblo de Parañaque.

Lo sentimos.»

«Según nuestras noticias, muy pronto se inaugurará un nuevo Círculo recreativo,

del que serán presidentes honorarios los distinguidos *gentlemen* Excmos. Sres. Dorbete y Fola.

La Junta directiva provisional ha acordado celebrar un baile en honor de sus presidentes honorarios.

Ya se ha encargado del *buffet* el conocido repostero señor Merenguete.

Conque, jóvenes, animarse.»

Después de tan interesantes noticias, no me negarán ustedes que debía quedar satisfecha mi curiosidad hasta la próxima quincena.

Pero yo, ni por esas; no escarmentaba. Sabía de antemano lo que me iba á suceder, y, sin embargo, me impacientaba por recibir nuevos ejemplares.

Era preciso enterarse de lo que resultaba en aquellas expediciones.

Me interesaba mucho saber si, al fin, habían ido á Parañaque los excelentísimos señores Dorbete y Fola; si el galeno de

Pandacan había extirpado más ojos de gallo; si resultaron lucidos los fuegos artificiales en Antipolo, y, sobre todo, si los señores de Taleguilla daban ó no daban aquella *soirée* tan cacareada por los periódicos.

Desgraciadamente, todo se convertía en cháchara de comadres.

Sólo podía darse crédito al tiro de pichón y á sus entusiastas.

En cuanto á la *soirée* de los señores de Taleguilla, más vale callar.

Porque siempre resultaba una *cachupinada*.

Á la que los periódicos consagraban varias columnas, ensalzando la distinción con que hacían los honores de la casa aquellos desdichados, á quienes una vanidad mal entendida había metido en semejantes honduras.

¡Lástima que la familia de Taleguilla tenga en aquel país infinitos imitadores!...



LOS MARTES
DE LA GOBERNADORA



LOS MARTES DE LA GOBERNADORA

UJER más animada que doña Saturnina, ó doña Saturna, como la llamábamos los íntimos de la casa, no la he conocido en los días de mi vida.

Ella sola traía revuelta á toda la colonia. Aquella buena señora siempre encontraba ocasión oportuna para echar una canita al aire.

La época á que me refiero será de grata

memoria en los fastos del «mundo elegante» filipino.

Doña Saturna se había propuesto sacar todo el partido posible de su situación desahogada. Era á la sazón nada menos que gobernadora de provincia.

Había sido la dulce compañera de todos los malos ratos de López, á quien unió su suerte cuando el pobre hombre no era más que un triste sargento, y parecía muy justo que la buena señora acompañase al simpático López en los alegres días de la abundancia.

Como algunas familias cursis habían dado en la manía de «reunir á sus amigos» un día determinado de la quincena, claro está que, tratándose de la esposa del primer personaje de la colonia oficial, hubiera quedado en ridículo al no entrar dignamente en las costumbres de la buena sociedad.

Él era un bonachón de cuerpo entero; ella, un carácter impetuoso y dominante. Así se explica que López se resignase á todas las extravagancias de su mujer.

El día señalado para la fiesta, solían mediar entre los felices cónyuges intimidades como estas:

—¡Vaya, Saturna, hoy nos toca echárnoslas de «cabayeros»!

—¿Ya empiezas con tus bromas?...

—No, tontina; te lo advierto para que hagas los «honores» con arreglo á ordenanza.

—Pero ¿qué terminachos son esos?... ¿Crees tú que tratas con algún soldadote?...

—Chica, perdona. Esta educación de cuartel es origen de muchas groserías.

—Y lo que es tú, no te enmiendas.

—¡Quién sabe! Á tu lado, cualquiera se echa á perder.

—¡Animal!...

—¿Lo estás viendo, prenda?

—¡Jesús, qué tiote eres!...

—¡Ja, ja, ja! Pero ¡qué cosas tienes!...

—Quien tiene «cosas» eres tú, so... ¡militarote!

—No; la verdad es que cualquiera que te vea con tantos moños, y con esos cintajos,

y con ese empaque de «principesa» destronada, te creerá una persona de clase... y de buenos principios...

—¿Qué tienes tú que decir de mis principios?...

—Nada, mujer; pero no me arañes.

—La culpa me la tengo yo por haberme casado con un patatero.

—Pero, oye, ven acá, título de Castilla: ¿ya no te acuerdas de que eres hija de aquel maragato que tuvo pescadería en la plazuela de Matute?...

—¡No tengo ganas de conversación!

Y salía echando pestes como estas:

—«¡Tío camándulas!... ¡Mal marido!... ¡Sinvergonzón!... ¡Ridículo!... ¡Groserote!... ¡Calzonazos!... ¡Patatero!...», y otros cariñitos por el estilo, que el pobre López sufría con santa resignación.

Le había tocado en suerte una mujer de caballería.

—¡Cómo ha de ser!—se decía.—Nadie está libre de una desgracia.

López tenía con su mujer franquezas verdaderamente brutales.

Pero era hombre de buen sentido y tomaba á risa las tonterías de doña Saturna.

Pensaba él muy cuerdamente que aquellas disipaciones le llevaban derechito á la ruina. Gastar el sueldo, las obvenciones legítimas y los «gajes» del oficio en semejantes bagatelas, le parecía un «desarreglo». Era su frase habitual.

—Pero, hija mía—solía decir López á su esposa,—¿no comprendes que, por este camino, el día que venga la *remuda* tendremos que volver á la tierra con una mano atrás y otra delante?...

Y doña Saturna, invariablemente, como quien se apodera de un estribillo, le replicaba:

—¡Para eso eres *governaor!*

Él seguía haciendo reflexiones para sacarla de su error. Todo inútil. La vanidad en la mujer es indestructible.

Al cabo doña Saturna no transigía.

Y, si era menester, se pegaba con su marido. La prudencia que á éste le exigía

el cargo, su natural temor á un espectáculo ruidoso, daban por resultado en aquel hombre una completa abdicación de su autoridad marital.

Allí no había más pantalones que los de doña Saturna.

Aun me parece estar viendo á la *governaora* la noche que fuí presentado en sus salones.

¡Ah! Doña Saturna no cabía en el pellejo de pura satisfacción.

Allí estaba ella que parecía un «brazo de mar». Muy empolvada, y con unos canalones de sudor, que le ponían la cara hecha una desdicha.

¡Pobre señora!

Había entrado demasiado tarde en el laberinto de la vida social. Una vieja ridícula, sin talento, sin ninguno de esos recursos que hacen de la mujer un objeto de eterna admiración, sólo podía arrancar al mundo una carcajada de burla.

Hé ahí lo que ella no sospechaba.

Porque la vanidad senil, como el amor de la inocencia, tiene los ojos vendados.

La casa del gobernador parecía aquella noche un jardín espléndidamente iluminado.

Doña Saturna, eso sí, había reunido una bonita colección de macetas para adornar la escalera, el salón y otras dependencias de su espaciosa morada.

La *soirée* estaba animadísima. Dos orquestas, una á la entrada de la casa y otra en una de las habitaciones contiguas al salón, amenizaban el espectáculo.

Cuando entraba algún convidado, se le anunciaba con un golpe de campana, como en la mansión oficial del jefe superior de la Colonia. Si el invitado «traía la señora», el campanero duplicaba los golpes.

Doña Saturna no paraba un instante. La dichosa campanita la ponía nerviosa, sin poderlo remediar. En cuanto sonaban golpecitos, saltaba de la silla la buena señora,

como impulsada por un resorte, y corría en busca de sus invitados para colmarles de atenciones y amabilidades.

Aquella noche ocurrióseles á los músicos, para desdicha de doña Saturna, tocar una pieza con campana: el *Miserere* del *Trovador*. Cuando sonó el primer golpe de badajo, doña Saturna, levantándose presurosa, dijo:

—¡Ay!... Voy á ver quién llega, con el permiso de ustedes.

Y salió al encuentro de sus convidados.

Pero los convidados no parecían.

Cuando sonaron los golpes sucesivos, doña Saturna se diría:—¡Ahora sí que va de veras!

Y, con efecto; la buena mujer se encontró nuevamente chasqueada.

Como aquel carácter, poco bonancible de suyo, no era para sufrir burlas de este calibre, doña Saturna, llena de natural indignación, gritó al músico de la campana:

—¡Ven aquí, pedazo de bruto!...

Y el infeliz campanero, que sabía de so-

bra cómo las gastaba «la señora», acercóse con cierta timidez.

—¿Quién te ha mandado tocar?... ¡Habla!...

Y le trincó de una oreja para levantarle en vilo.

—«Siguro», aquel músicos, avisa conmigo, señora...—masculló el muchacho en su jerga endemoniada.

—¡López!—gritaba frenética doña Saturna.

Y el *comendante* se acercó temiendo los furores de su mujer.

—¿Qué ocurrirá ahí fuera?—pensábamos todos.

—Pero ¿qué pasa, mujer?—preguntaba el marido.

—Que estos cafres se han propuesto burlarse de mí. Á ese de la campana es preciso que le arrimes una buena paliza. ¡Habráse visto hombre más desvergonzado!... ¡Hacerme salir dos veces en balde!...

—¡Calla, tonta, y que no se enteren esos señores! ¿No sabías que en el *Miserere* del *Trovador* se toca la campana?...

—¡Ah!... ¡Sí, ya caigo! Por fuerza estoy loca esta noche. ¡Dios mío, qué vergüenza!...

—Te está muy bien empleado, por meterte en semejantes trapisondas.

Y entraba de nuevo doña Saturna en el salón, más colorada que un pimiento de la Rioja.

Y al incorporarse al grupo, decía, agitando nerviosamente el abanico:

—¡Ahora me explico la vida aperreada de los monarcas!...

En aquel grupo estaba lo más selecto de la reunión.

La que más y la que menos tenía peores orígenes que la hija del maragato.

Pero todas sabían cubrir las apariencias, rivalizando en lujo, en elegancia y en alhajas de gran valor. Señora había allí que se hacía confeccionar los trajes en el taller de Mme. de Virot, ó en el de un modisto acreditado de París.

¡Ah! En eso de la vanidad, no hay quien nos eche la zancadilla.

Oigamos ahora la interesante conversación de aquellas aristócratas.

Decía un marimacho, señora de un empleadillo subalterno:

—¡Ay, do-



ña Saturna!... Eso de venir tan *encorsetá* con estos calores, no se puede resistir.

—Pues yo llevo corsé todo el día, y, sin embargo, no me molesta—replicaba una niña pálida recién puesta de largo.

—En este país hay que acostumbrarse á

todo, hija. A mí me es indiferente llevarle ó no llevarle. Como yo nunca me aprieto...

—¡Ah! Pues yo tampoco.

—Ni yo.

—¡Uf, qué horror! ¿Apretarse á estas alturas? ¡Quite usted!...

—Pues es claro.

—Sí, señora. Yo le llevo flojísimo...

—Y yo también.

—Y yo.

Y así seguían todas de acuerdo con la iniciadora de aquella idea transcendental.

Doña Saturna eludía siempre las discusiones de este género. Hablar de edades y de cinturas entre mujeres de más de cuarenta años, es una verdadera impertinencia.

Después se hablaba de otros asuntos importantísimos.

Una de las convidadas, recordando su vida de la corte, decía con tristeza:

—¡Ay, hija! ¡En este país se echan de menos tantas cosas!... La Castellana, el Prado, el Retiro, el Real...

Y yo añadía entre dientes:

—Sí, y la pradera de San Isidro, y el *Tío vivo* de la Fuente de la Teja, y las Ventas del Espíritu Santo... ¡Ya lo creo!...

¡Pero, quiá! Ninguna de aquellas aristócratas incipientes tenía por qué hablar de esos sitios, donde sólo va el grosero populacho.

La dueña de la casa, conmovida al oir hablar de sus inolvidables Madriles, exclamaba:

—¡Oh!... ¡Aquel Madrid es una delicia! Verán ustedes la vida que nosotros hacíamos. Por la mañana, muy temprano, íbamos al Retiro para que mi niña, que estaba casi anémica, tomase leche de vacas y entrara en ganas de comer. López iba á sus quehaceres, y por la tarde, á las cinco, salíamos á dar nuestro paseíto en coche por la Castellana. Allí se daba cita toda la sociedad elegante. ¡Ah!... No quiero acordarme... Luego, ¡tenía unas amigas! Ya usted ve; la de Mingaceli, la de Retortillo, la de Cinco Torres, la de Altamira, las de...

—¡Ya lo creo!—afirmaban todas, agitando coquetonamente el abanico.

Y seguía doña Saturna:

—Después de comer, íbamos á Lara ó á la Comedia los días de moda. ¡Qué bien trabajaba la Mendoza Tenorio!... Alguna vez que otra íbamos al Circo de Price. ¡Allí sí que nos reíamos con Tony Grice!...

—Pues yo—interrumpía otra aristócrata de pan y queso,—estaba abonada con las de Romero á un turno del Real. Las noches libres íbamos al Español; pero, hija, estaba aquello tan desanimado, que daba no sé qué. Además, como Juan escribía en un periódico, solía traernos butacas para los teatritos por horas. ¡Oh! En *Eslava,* en *Felipe* y en *Maravillas* se pasaba el rato admirablemente...

—¡Jesús, Emilia! Pero ¿tenía usted valor para oir aquellas indecentadas?...

—¡Qué quiere usted! Á Juan le divertían tanto... Y yo, francamente, no me hacía cargo de lo que decían. Lo único que me disgustaba eran los trajes de las actrices...

—¡Digo!... ¡Como que salían con la hoja de parra! Aquello es indecoroso, hija mía.

Luego sólo va gentecilla de poco más o menos. Hay por allí á última hora cada *pájara* de cuenta, que ya, ya...

—Pues Rigoberto y yo hacíamos una vida ejemplar—adicionaba otra señora del montón.—Por la mañanita salía yo sola á oir misa en las Calatravas; después, un ratito de compras. Por la tarde, nuestro paseo por la calle de Alcalá y por Recoletos. Mis teatros predilectos eran el Real, la Comedia, Lara y la Princesa...

—¡Ah!... ¡Ya lo creo!—murmuraban todas.

Y seguía la de la vida ejemplar:

—Pues á última hora, ya se sabía; Rigoberto me llevaba á tomar chocolate á Viena ó al Suizo.

—¡Y que está poco animado «aquello» de una á dos de la madrugada!—añadía uno de los pisaverdes de *smoking* que brujuleaba en torno de las señoras.

—Pues, hija—decía la oficiala-quinta-almacenera,—yo no tenía necesidad de salir por la tarde para distraerme. Como papá vivía en la calle de Alcalá, frente al palacio

de la *Equitativa*, nuestra casa ¡era un coche parado á todas horas!...

Otra convidada, que hasta entonces había guardado el más profundo silencio, sin duda, combinando una mentira muy gorda, soltó á la distinguida concurrencia esta bomba final:

—Pues cuando yo iba á los bailes de Palacio con mi primo el barón de Pisacallos, que es jefe de las Caballerizas... Aquello era una delicia. ¡Qué *confort*, qué trajes, qué alhajas y qué distinción en todo!...

Y todas, llenas de asombro, moviendo mucho el abanico y dando cabezadas afirmativas, murmuraban á coro:

—¡Ah!... ¡Ya lo creo!...

Como queriendo decir:

«¡No cabe más! ¡Esto ya es el colmo de la elegancia!...»

Así pasaban aquellas buenas mujeres las primeras horas de la velada.

Procurándose engañar unas á otras.

Después había rigodones, lanceros y las correspondientes tandas de valses, donde la gente jóven lucía primores coreográficos.

Los caballeros formales se entretenían á su manera. Unos hablaban de las proyectadas reformas del ministro; otros, de los estragos del último pliego oficial; los más, de frivolidades mundanas. Asuntos de oficina, proyectos de viajes, carreras de caballos, intrigas amorosas, convenios de chanchullos..., todo se revolvia en abigarrado conjunto, ya en las claridades del salón, ya en las lobregueces de los pasillos.

Al fin, llegaba la hora del regodeo. Una bien provista mesa aguardaba á los convidados, que, á una voz de doña Saturna, se precipitaban como nube de langostas hacia el comedor, mientras el pobre López pensaría, de seguro:

—«¡Estas gentecillas feroces vienen aqui a saciar el hambre, devorando lo que acaso he de necesitar en los tristes días de mi vejez!... ¡Ah! ¡Esa mujer es una insensata! Y yo... ¡un solemnísimo majadero!...»

Y en aquel momento adoptaba una resolución enérgica.

La de no hacer el *primo*...

Hasta el martes de la próxima semana.



PARNASILLO FILIPINO



PARNASILLO FILIPINO

(Diabluras poéticas.)

AMBIÉN allá, como en toda tierra de garbanzos (1), tenemos una barajita de versificadores que entretie-

(1) Allí no se crían, pero se comen.

nen sus ocios en derramar perlas falsas por el Parnaso castellano.

Alguien ha dicho que vivimos en un período de vergonzosa decadencia. Esto me parece un tanto discutible. Lo que sí tengo en autoridad de cosa juzgada, es que afirmación tan poco lisonjera no reza, por ahora, con el clásico país de la *bibinca.* Ya nos daríamos con un canto en los pechos, como vulgarmente se dice, si pudiéramos hablar de semejantes primores con referencia al Archipiélago magallánico; eso significaría, por lo menos, que se ha conocido en aquel país alguna época de florecimiento literario (1).

(1) Al hablar de literatura, claro es que me refiero á la que producen los españoles allí residentes, y no á la peculiar de los indios, por la sencilla razón de que, entre éstos, apenas ha descollado quien cultive, con mediana fortuna, la *loa* encomiástica en prosa ó verso para gobernadores ó jueces peninsulares. Conocí yo en cierta provincia á un indio con título académico, que comenzaba una de esas ditirámbicas lucubraciones «deseando tener la voz de los ángeles, arcángeles y querubines» para cantar las alabanzas de uno de aquellos gobernadores de monterilla, á quien se comparaba, nada menos, que con el gran Napoleón, aplicando á la *brillante* campaña del aludido jefe de provincia, la célebre cuanto manoseada frase: «Desde lo alto de las Pirámides, cuarenta siglos

Desde Lacandola hasta nuestros días, no sé que haya pasado por Filipinas algún vate capaz de echarle la zancadilla á Carulla, como no sea el autor de los célebres bandos y de las *selecciones* poéticas, ese buen señor que se pasa alegremente la vida haciendo creer á los infelices que aun soportan los egotismos de sus tertulias caseras, que son él y Campillo, las verdaderas eminencias indiscutibles de España y de sus colonias.

No niego que haya en Manila quien cultive la poesía y merezca ser leído: Manolo Romero, autor del *Romancero filipino,* es un poeta lírico inspirado y de bastantes alientos; Tomás Cáraves versifica con gran facilidad y es un literato de porvenir. ¡Lástima que, dejándose llevar de irreflexivos deseos de frecuente exhibición en la pren-

---

nos contemplan». Lo más gracioso del caso fué que al *émulo* del héroe en cien combates, se le formó un expediente de lo más escandaloso que registran los anales de la Administración filipina, y hubo que quitarle el gobierno por sus hazañas nunca vistas y por lo bien que había *aprovechado el tiempo...* en mejoras que hicieron la *felicidad* del país...

¡Esto, para que hagamos caso de las *loas* de los indios!...

sa, prostituya sus versos, poniendo su inspiración y su ingenio al servicio de la vil gacetilla!...

No hay para qué advertir que uno y otro merecen mi simpatía y mi sincero aplauso, ni tampoco que les declaro fuera del alcance de las cuatro bromitas de salón que me propongo dedicar á algunos escritorzuelos intonsos y malaconsejados, de esos que no pasan de ser unos excelentes hijos de familia, pero que tienen la osadía de exhibirse con frecuencia en los periódicos, palenque casi exclusivo de la vida intelectual de aquel país.

Para que el lector juzgue del ensañamiento con que es tratada allí la poesía por los gacetilleros de nuevo cuño, véanse las delicadezas y exquisiteces con que entretiene y deleita á sus lectores el *Diablo Rojo*, redactor-poeta de LA OCEANÍA ESPAÑOLA:

«El jardín está sin plantas
porque, es claro, el jardinero,
como no le daban cuartos,
se marchó un día y no ha vuelto.»

Usted es quien debe *irse*
á otra parte con sus versos.

Eso es escribir en... tonto,
¡grandísimo... jardinero!...
Sigue hablando el *Diablo Rojo*
de su *ilustre* compañero,
y sin pararse en escrúpulos,
exclama con triste acento:

«De modo que estoy sin sombra
en verano y en invierno.»

¡Ah picarillo! Conque está usted sin *sombra* desde que se le fugó el jardinero, ¿eh?...

¡Vaya, hombre, todo sea por Dios! Yo le juzgaba á usted un malísimo poeta; pero, francamente, *lo otro*, ¡ni siquiera lo sospechaba!...

Pues ahora áteme usted esta mosca por el rabo.

Escribe el *Rojo* en otra *descomposición:*

«Hasta teatros *caseros*
se han *formado* en varias *casas*.»

Pero, ¿adónde iba usted á *formar* los teatros caseros, sino en las casas, alma de Dios, digo, engendro del diablo?...

¡Vaya, vaya! Decididamente este *Diablo* no se ha escapado del Infierno.

Se ha caído de un nido.

Como el *Pájaro verde* y otros avechuchos periodísticos de mal agüero.

Sigo copiando:

«Se atreve este pobre diablo,

(Tu dixisti.)

no por él, sino por *esos.*»

(Con franqueza, ¿por quién es?)

«Recoged á todos *esos*
que piden por *esas* calles
y son hijos de *este* pueblo.»

Esos, *esas*, *este*... ¡lila!...
¡Cursilón de cuerpo entero!
Deje de escribir romances
y cuénteselo á su abuelo,
que usted, en literatura,
siempre será... jardinero.

Lo que me sorprende es que mi buen amigo el director de La Oceanía, que es hombre de fino paladar literario, se haga cómplice de semejantes ñoñerías.

Esas puerilidades, señor *Diablillo,* no merecen el honor de la imprenta, y menos aún el de la rima, siquiera sea ésta tan ramplona como la muestra que ofrezco á la voracidad del público burlón.

Si usted y otros jóvenes simpáticos no infiriesen tan groseros ultrajes al buen gusto, no habría quien osara decir que la forma poética está llamada á desaparecer.

Tome usted mi consejo de leal amigo: déjese de versos... y de prosa. Y si, como supongo, le tira á usted mucho la afición á las letras, desahogue sus inspiraciones en las cartas de la familia. Verá usted cómo ésta le aplaude sin reservas los adelantos y le ríe sinceramente las gracias, porque el cariño de familia ciega mucho. Más adelante, es decir, cuando usted purgue sus ligerezas y sus crímenes literarios, y tenga del arte un concepto más aproximado á la verdad..., entonces hablaremos.

Este *Diablo Rojo* nos pone verdes con sus travesuras.

Trátase de un asunto patriótico: la victoria de nuestros soldados en su expedición á Carolinas. El poeta se entusiasma con la idea de unos festejos en celebración de la paliza dada á los kanakas rebeldes; y

encarándose con el autor de tan feliz ocurrencia, exclama en uno de sus épicos arranques de gallarda inspiración:

«Todos aplauden tu plan,
(¡Rataplán!)
altos, bajos, chicos, viejos,
negros, blancos, flacos, gordos,
lo mismo el guapo que el feo.»

Creo que pedir más conformidad de pareceres es pura gollería.

Lo que no puede pedirse es mayor número de simplezas en cuatro versos octosílabos.

Pero acabemos:

«Mas dejemos estas cosas,
que no son mas que floreos.»

¿Floreos?... ¡Me gusta el desahogo! Usted, por lo visto, tiene un concepto bastante erróneo de la modestia. ¿Le parece á usted que es ése el calificativo apropiado á un montón de palabras sin sentido?

Para otra vez, querido *Diablejo*, no olvide que entre el *mas* del primer verso y el *más* del segundo, hay alguna diferencia.

Lo digo, porque usted es de los que con-

funden siempre las *especias*, ó, lo que es lo mismo, los adverbios de cantidad con las conjunciones adversativas.

Nada, *Diablejo:* usted debe concretarse á matar moscas con el rabo y á escribir á la familia.

Lo demás, créame usted; es tirar coces contra el aguijón.

Y perder un tiempo precioso.

Ahora veamos las agallas poéticas de otro chico que se exhibe en el periódico de más circulación de Filipinas: El Comercio.

El apreciable joven D. Eugenio Rocha es, como verán ustedes, un poetastro del género inocente.

Se explica que cualquier hijo de familia se sienta poeta en el crítico instante de recibir las calabazas que le endilgue la joven de sus pensamientos.

Y como sé hasta dónde llega el despecho en ciertas naturalezas impresionables, me explicaría también que el interesado vomi-

tase pestes y maldiciones rimadas contra la pérfida beldad.

Lo que no acabo de explicarme es que el chico de las de Rocha se atreva con los muertos. ¡Y de qué manera!...

Hé aquí el atrevimiento poético de Rocha, dedicado á su difunta amiga D.ª Tomasa R. de Gallegos:

«*Recuerda* la campana en este día
con fúnebre clamor á los que han sido;»

Vaya, ahí tienen ustedes una campana con facultades retentivas: una campana que *recuerda* á la pobre amiga del poeta fúnebre.

Y sigue Rocha:

«sus ecos de agonía
me hacen pensar en cariñosa amiga
muerta un día *al dolor y á la fatiga*.»

¡Pobre señora!... ¡Morir *á la fatiga!* Eso es horrible.

Continúan los fúnebres disparos:

«Pobre infeliz»...

¡Dios santo! ¿Conque D.ª Tomasa no sólo era *pobre,* sino *infeliz,* á mayor abundamiento?

«Pobre infeliz; mas no que ella es dichosa;
el cielo es su morada,
. . . .
donde reposa el alma
recostada en los brazos de la calma.»

¡Ajajá! Después del *alma*, era de necesidad que viniera la *calma*. Adelante:

«Descansa en paz, amiga no olvidada;
á esa mansión que encierra
los restos de una vida *ya pasada*...»

Comprendido. *Ya pasada*, como las hortalizas en estado de putrefacción, ó como las *capitanas* que han sido.

«... ya pasada,
transformados en tierra,
dirigiré mis pasos este día»

(Y van tres.)

«y buscará una tumba el alma mía.»

Sí, hombre, sí; busque usted pronto esa tumba, y *túmbese* á la bartola ó como mejor le parezca.

Así Rocha, *en los brazos de la calma*,
nos dejará, siquiera *en ese día*,
libres de su ramplona poesía.

¿Lo ve usted? También yo versifico sin

darme cuenta. Estas pícaras Musas son el mismísimo demonio. ¡Á lo mejor!...

Por fin, llegamos á la última estrofa; pero créame usted, jóven incauto, me siento

Como aquella señora, tan su amiga,
«muerta un día *al dolor* y *á la fatiga*».

Cosa que le hará comprender el daño que causan los versitos huérfanos de poesía, de sintaxis y aun de sentido común.

Así termina Rocha su corona poética:

«Y al encontrarla postraré mi frente,
murmurarán mis *labios*
una plegaria ardiente,
y *entre* mis ruegos *vanos*,
además de pedir por su alma pura,
pediré por tus hijos sin ventura.»

(Tableau.)

Pero, diga usted, cándido Rocha, ¿en qué tratado de Retórica y Poética ha aprendido usted que *labios* y *vanos* son consonantes?

Además, si sabía usted que sus ruegos eran *vanos*, ¿á qué molestar á Dios con esas murmuraciones?...

¡Vaya, vaya! Comprendo que D.ª Toma-

sa sucumbiera *al dolor y á la fatiga*, teniendo amigos que disparen tales morteretes á boca de jarro.

Deje usted en paz á los muertos, y, sobre todo, á los vivos.

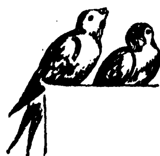
Porque nos va usted á matar como á D.ª Tomasa: ¡á ripiazo limpio!

Y dígale á papá que le busque una placita de tenedor de libros, de consejero del Banco, de concejal, de cualquiera cosa.

Pero, ¡por la Virgen Santísima!, no se nos eche usted á poeta.

Todo menos eso.

Porque, francamente, amigo,
usté es malo de verdad,
¡y conste que se lo digo
con toda sinceridad!



EL TEATRO FILIPINO...

DEL PORVENIR



EL TEATRO FILIPINO...
DEL PORVENIR

(SINFONÍA PROGRESISTA)

ACE quince ó veinte años, aun vivíamos una gran parte de los españoles en la más completa ignorancia de lo que valían y de lo que, en reali-

dad, eran nuestras posesiones del extremo Oriente.

Es verdad que hoy pasa tres cuartos de lo mismo, á juzgar por las apariencias.

Ello es que las islas Filipinas han sido, por espacio de tres centurias, patrimonio casi exclusivo de los deportados y de los frailes.

Así se explica que, antes de que Fernando de Lesseps facilitara las comunicaciones entre Europa y sus dominios oceánicos, se tuviera por loco, por aventurero ó por desesperado al infeliz que, huyendo de la miseria ó de la justicia, se arriesgaba á pasar el charco, metido en aquellos fragatones de vela que tardaban en llegar á la capital del Archipiélago la friolera de seis ú ocho meses.

De entonces acá, por fortuna nuestra, han variado muchísimo las cosas. El canal de Suez ha reducido á tres mil las cinco mil leguas que separaban á este vetusto continente europeo de aquel nuevo *mundu*, que diría cualquier paisanuco de don Manuel. En estos felices tiempos que al-

canzamos, la ida á Filipinas puede y debe considerarse como un viajecito de recreo, sobre todo, para esos *touristes* de la burocracia que toman el billete por cuenta del Estado. El constante ir y venir de los vapores de la Trasatlántica ha establecido entre metrópoli y colonia una corriente continua de progreso, y un cambio de ideas, de productos, de costumbres y de picardías, que permiten á nuestros incipientes compatriotas de la raza malaya todos los atrevimientos imaginables. El teléfono, la luz eléctrica, el ferrocarril; en suma, todas las conquistas de nuestros tiempos, incluso el Código liberal de Tejada, Becerra y otros ilustres personajes políticos malaconsejados, van tomando allí carta de naturaleza. ¡Oh! ¡Aquella hermosa ciudad que baña el Pásig es hoy un verdadero centro de cultura!...

Por si todo eso no fuera bastante para demostrarlo, ya ustedes ven: ¡hasta han proyectado algunos entusiastas del tagalo fundar un teatro genuinamente filipino!...

Son pinitos regionalistas que hay que

perdonar en gracia de sus buenas intenciones.

Nuestro Calderón, y no el picador, sino el de la Barca; nuestro gran Tirso, y no el de Rodrigáñez, sino el de Molina, quedarán tamañitos ante las soberbias creaciones artísticas que nos preparan los ilustres jóvenes, y ya progresistas, Isabelo de los Reyes, López Jaena, Rizal, Pláridel, Tagailog y otros genios anónimos de nuestro siglo de oro filipino.

Lo que pasará con el oro, no hay que dudarlo: se lo llevarán los chinos.

En cuanto á la literatura dramática de los Pobletes más ó menos embolados, ya es otra cosa.

Verán ustedes cómo acaba, si Dios no lo remedia, lo mismo que el famoso cuento del borracho.

En que subirá el precio del vino.

O como el rosario de la aurora.

¡A farolazos!

Había de ser cosa divertida una comedia de costumbres del país, *perpetrada* por el joven de los Reyes.

Como ústedes no tendrán el gusto de conocer á este chico progresista de la última hornada, ahí van sus señas personales.

Y conste que hablo en serio.

D. Isabelo de los Reyes, á quien tengo el honor de presentar, es un aprovechado indio, natural de Ilocos, que presume de folk-lorista y de historiógrafo, y que se pasa alegremente los días y las noches en cuclillas, mascando buyo y contándonos lindezas sobre la civilización de los igorrotes, tinguianes, aetas, kanakas y demás salvajes de la familia, antes de la Conquista.

Por eso, y porque me consta, además, que el tal D. Isabelo es vanidosillo como nadie, dudo de que nos obsequie con una comedia de costumbres. Él pica mucho más alto. Suponiendo que al de los Reyes le tire la afición al teatro, es indudable que sus chifladuras históricas le llevarán derechito al drama heroico ó á la tragedia espeluz-

nante. Verán ustedes cómo D. Isabelo pone á Lacandola en el establo, digo, en las tablas, y nos resulta un héroe con taparrabo, digno émulo de nuestro Cid y del Napoleón el Grande de los franceses.

Porque han de saber ustedes que el joven de que hago mérito, es una hormiguita para su casa. Hasta hace muy poco tiempo no nos habíamos enterado de que nuestros compatriotas de allende los mares tenían también generales célebres del propio cosechero, quiero decir, de la raza morena primitiva, sin aleación y sin bautizo. El joven historiógrafo ilocano acaba de hacer un famoso descubrimiento, dándonos, así como de paso, una leccioncita á los ignorantuelos de por acá.

¡Vaya, no tenemos perdón de Dios!...

¿Es posible que ninguno de ustedes haya oído contar las proezas de los ilustres caudillos indígenas López y Peding?...

Yo debo, ante todo. ser franco y confesar mi ignorancia: jamás había tenido por héroes á semejantes individuos.

Pero ya lo saben ustedes: un tal López

y otro tal Peding son, ainda mais del reyezuelo de Tondo, las figuras legendarias de la *poto-historia* filipina.

D. Isabelo, que es el padre de la criatura, quiere decirse, el inventor de la celebridad de esos apreciables indios ó mestizos, dará, á quien lo solicite, mayores detalles acerca de los caudillos ilocanos.

Por si algún lector amante de la patria desea contribuir á que la memoria de tan ilustres varones se perpetúe, bueno es que sepa lo que hay: D. Isabelo, que debe de ser persona influyente entre sus compatriotas, ha iniciado una suscripción, cuyos productos se destinan á la erección de un monumento á López y Peding en la muy noble y culta ciudad de Vígan, cabecera de la provincia donde, según me parece haber leído, se salieron de madre y dieron el primer vagido belicoso los señores López y Peding.

D. Isabelo merece, por este solo hecho, nuestra gratitud eterna.

¡Ah! ¡Y nuestra admiración!...

Porque sólo á los hombres superiores,

como indudablemente lo es este ilocano del folk-lore, les está reservado el privilegio de desfacer las grandes injusticias de la historia.

Yo soy así: me gusta siempre dar á cada cual lo suyo.

Ya ve el joven D. Isabelo que, á pesar de nuestros diferentes puntos de vista, hav bastante *equidaz* en mis juicios.

Hablemos con formalidad.

Hecha la debida mención de los elementos de que D. Isabelo y sus amigos disponen para el drama histórico genuinamente filipino, veamos qué base tiene la futura comedia de costumbres.

¡Ah! Las sencillas, las patriarcales costumbres del indio filipino, tan preconizadas por Taga-ilog y otros ilusos por el estilo, ofrecen muy pocos elementos aprovechables para el teatro. Un cuerpo social desnudo y sin zapatos no es, ni ha sido nunca, materia adecuada para producir algo

que responda á la finalidad del arte. Luego, aquellas gentecillas despreocupadas, son, por lo general, tan insustanciales, que vayan ustedes á poner en sus labios un chiste culto ó una ocurrencia graciosa. Fuera de su originalidad en el modo de comer y de vestir, que, ¡eso sí!, llamaría la atención en todas partes, crean el joven de los Reyes y sus amigos, que sus compatriotas no darán cosa de provecho, ni aun para hacer un mal sainete del género bufo.

Y no hablemos de las intimidades del hogar indígena. Figúrense ustedes el cuadro que ofrece el interior de un *bahay* filipino: un indio alegremente entretenido en acariciar su gallo de pelea, mascando *buyo* y dando fuertes chupadas á un tabaco de colosales dimensiones. En un rincón de la estancia vese á la compañera del *tao*, dejándose acariciar la cabeza por una *dalaga* que se pasa las horas muertas haciéndole el *mata-mata* á la señora. El *bahay* no tiene más que una habitación, á veces cortada por un tabique de caña entretejida que cubre el sitio donde se cuece la morisqueta y

el *gulay* para toda la familia. El *bahay* es patrimonio de toda clase de bichos: allí pululan á su arbitrio perros sarnosos, gatos, cerdos, aves de corral y chiquillos me-



dio desnudos, generalmente atacados de enfermedades asquerosas. Todo cuanto es origen de la falta de aseo y de limpieza, pasa como cosa corriente en aquel país. El menaje suele ser muy económico y redu-

cido. Como el indio come en el suelo, duerme en el suelo y lo hace todo en cuclillas, son escasas sus necesidades en punto á mobiliario, que, por lo general, se reduce á un *lancape* de caña con armazón de palma brava, un *tinjoy*, un arpa, una vihuela y una imagen de la Virgen del Rosario. En todas las viviendas filipinas, por humildes que sean, hay siempre numerosa servidumbre que se ocupa en toda clase de trabajos á cambio de la morisqueta, y sin perjuicio de recoger todos los bejucazos que se pierdan. Raro es el día en que los *maridables* no tienen huéspedes. La hospitalidad es virtud tan ingénita entre aquellas gentes, que no exige al que la necesita ni aun el trabajo de solicitarla. Cualquier transeunte hace alto en el *bahay* consabido; allí entabla su dialoguillo y le ayuda al amo á consumir el buyo y el tabaco. Cuando llega la hora de comer, forma en el corro y mete los dedos en la fuente del arroz como cada hijo de vecino... Y cuando es hora de recogerse, no hay que preguntar: maridables, dalagas, criados, huéspedes de última hora,

perros, gatos, todo bicho viviente se tumba á la bartola en el sitio que mejor le parece, convirtiendo el pequeño *bahay* en verdadera cama redonda. El aceite de coco que alimenta el tinjoy da las últimas boqueadas, quedando el dormitorio envuelto en la más densa penumbra... La gente ronca y se despereza á su sabor, hasta que la Naturaleza despierta los sentidos, y el bahay cruje y se agita entre oleadas de fuego y entre espasmos de lujuria (1).

¡Oh!... ¡Si es admirable la sencillez, el candor, la moralidad... y el «tupé» de aquellas gentes!...

¿No le parece á usted, simpático Taga-ilog?... (2).

---

(1) A esta *patriarcal* costumbre llaman los indios hacer el *gapang*. El que haya permanecido algún tiempo en Filipinas y no conozca este detalle de la vida íntima de los naturales, bien puede asegurar que, ó no ha querido conocerlo, ó no sabe de la misa la media en punto á costumbres del país.

(2) Este Taga-ilog es un indio, educado en París, que ha dado en la flor de ponernos cual no digan dueñas siempre que trata de las costumbres españolas. Ha tenido el atrevimiento de decir que España es un pueblo depravado. Y todo, ¡porque ha visto cómo bailan las chulas en las ventas del Espíritu Santo!...

Pues si le parece, venga de ahí. El cuadro es casi un idilio bucólico... ¡Ah! ¡Sobre todo, la *mise en scène* resultaría de un efecto sorprendente!...

Como se ve por las líneas anteriores, el nuevo teatro no tiene condiciones de vida propia. Los entusiastas de la idea se han anticipado á las necesidades de los tiempos. De todos modos, y por si hubiere parcialidad en mis juicios, sea bien venido el proyectado teatrillo. Trabajo les mando á los que acometan la valerosa hazaña de desterrar para siempre el tradicional *moro-moro,* tan arraigado en las costumbres y en las inclinaciones de aquellos indios. Digan lo que quieran los optimistas malintencionados, una gran parte de los habitantes de aquel país vive aún en la más

---

¡Ah! Estos morenos, en cuanto vienen y se civilizan un poco, ya se sabe.

Nos sueltan una coz.

Y enseñan unas orejas de á palmo.

espantosa barbarie, á despecho de nuestras Órdenes religiosas, que han luchado, por espacio de tres siglos y medio, contra la propensión instintiva, casi irresistible, de aquellos indígenas hacia el «salto atrás» y hacia el estado primitivo...

El *moro-moro,* no lo duden Taga-ilog y sus afines, es aún el único teatro posible en aquel país, sencillamente porque el *moro-moro* traduce con mayor fidelidad el instinto, la inclinación, el gusto, las costumbres y, en cierto modo, el fanatismo del indígena.

¡Poco que gozan aquellos infelices cuando les obsequian las principalías con una función de *moro-moro* al aire libre!... Allí faltarán siempre, ¡eso sí!, brazos para el mejoramiento de la agricultura; pero gente que, por su gusto, se pase una buena temporada ensayando su mímica de comparsa en el *moro-moro*, ésa no falta nunca. El indio necesita, como los niños, unas cuantas horas de juego todos los días. Él es así: ha entendido la vida acaso mejor que nosotros, inocentes, después de todo, que

luchamos sin tregua por un ideal casi siempre irrealizable. El indio filipino es, sin género alguno de duda, el ser más dichoso de la Creación. Á muy poca costa satisface sus necesidades: por eso no trabaja ni se preocupa del porvenir. La Naturaleza pródiga le da un suelo que produce casi espontáneamente; la previsión divina coloca al lado del indio holgazán una mujer hacendosa. Aquí el sexo femenino representa la parte nerviosa de la humanidad y el hombre la parte muscular: allí es todo lo contrario. Mientras que el hombre duerme, ó juega, ó acaricia su gallo, la mujer trabaja y produce. Esta holganza perpetua á que vive entregado el indio, le hace vicioso por necesidad, aunque no lo fuera—que sí lo es—por temperamento. Su inteligencia dormida le hace incapaz de nada grande. El indio es feliz porque aún no ha salido de la infancia, y la infancia, ya se sabe, necesita, más que ocupaciones serias, mucha alegria, mucho esparcimiento...

¿Que hay excepciones? No lo niego; pero eso mismo confirma la regla. Ahí están

Isabelo, Taga-ilog y demás indios excepcionales, que, si en la apariencia resultan civilizados, en el fondo, esto es, en la vida íntima, son tan indios como sus paisanos de la selva. Aquí, claro está, visten con cierta elegancia y no comen la morisqueta con la mano, porque eso llamaría la atención (1); pero en su país, ¡vaya si la comerían!...

Y resultaría más sabrosa.

¿No es verdad, señor D. Isabelo?

Hé ahí los elementos de que disponen los futuros costumbristas y dramaturgos filipinos para dar forma á sus creaciones artístico-teatrales.

Añádase á lo apuntado respecto del indio una carencia casi absoluta de concepto del

(1) Sé yo de algunos filipinos, residentes en Madrid, que echan de vez en cuando su canita al aire saboreando en familia los manjares propios de la tierra clásica del plátano y de la bibinca. Creo que estas comilonas las hacen los jóvenes discípulos del alemán Blumentritt en un Círculo, más ó menos vicioso. ¡Habrá que oir á esos chicos progresistas cuando llegue la hora de los brindis!...

honor y de la honestidad, y sólo queda á la disposición del artista la tragedia del salvaje que mata por matar, y, á lo sumo, el sainete anodino é insoportable, ó la comedia romántica, insustancial y, por consiguiente, *adaptable* al medio social filipino.

Si en algo estiman D. Isabelo y sus *à láteres* el decoro de sus paisanos, déjense de fundar teatros y aboguen por el aumento de escuelas de primera enseñanza. El teatro, en último término, sólo serviría para poner en ridículo las sencillas costumbres del pueblo filipino: las escuelas servirán para algo más beneficioso... Y cuando los indios aprendan el castellano, y sepan discurrir, y tengan noción ligerísima del bien y del mal, entonces pensaremos en lo otro. El día que no se encuentre por Filipinas un taparrabos, ni un faldón de camisa por fuera de los pantalones, ni una *babae* que enseñe las nalgas y otras menudencias á los transeuntes, ni un indio que coma la morisqueta con la mano, me convenceré de que en aquel hermoso país son posibles

todos los atrevimientos políticos, filosóficos y teatrales.

Pero eso no lo verán, de seguro, ni don Isabelo ni los mismísimos biznietos de Taga-ilog.

Mientras tanto, hay que tomar con paciencia las cosas de los indios.

Yo he tratado de influir algunas veces con mis *batas*, para que dejaran el feo vicio de rascarse los pies y de meter á continuación las uñas en el plato de la morisqueta.

Y hasta les he provisto de cubierto, de calcetines y de zapatos.

¡Pero como si no!...

En cuanto me descuidaba un momento, se les despertaba el instinto, y ya se sabe: volvían... ¡al estado primitivo!

Y me costaba un disgusto.

—Pero ¿qué es esto, muchachos? ¿Ya volvéis á las andadas?—les decía.

Y siempre, siempre obtenía la siguiente respuesta:

—«¡Costumbre, señor, costumbre!»



AHORROS
QUE CUESTAN CAROS